3 1761 08695840 2

LOS TRES IGUALES.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/lostresigualesco00burg

LS
B9576t

LOS TRES IGUALES.

COMEDIA EN TRES ACTOS

Y EN VERSO,

representada por primera vez en el coliseo de la Cruz el dia 17 de noviembre de 1827.

POR D. J. DE BURGOS

290170
19.7.33

MADRID 1828.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

ADVERTENCIA.

A principios de 1818 se ventiló en una reunion de literatos la cuestion siguiente: »¿Sería posible escribir comedias en que, sin faltar á las reglas del arte, se diese á la accion y al lenguage el movimiento y el calor que se nota en las producciones de nuestro teatro antiguo?'' O, en otros términos: »¿Se podria, sin faltar á la verosimilitud, multiplicar los incidentes en una comedia, complicar sus situaciones, y emplear una versificacion, tal vez corriente y facil, tal vez brillante y rica, pero siempre sonora y armoniosa?'' Yo sostuve, contra el dictamen de alguno de los que asistian á aquella reunion, »que era posible hacer comedias en que se reuniesen las condiciones indicadas'', y para probarlo escribí *Los tres Iguales.*

Don Pedro Calderon de la Barca en *Cuantas veo tantas quiero*, don Antonio de Solís en *El amor al uso*, y algun otro de nuestros antiguos dramáticos en otras piezas no tan conocidas, presentaron un protagonista, mas ó menos parecido al de

Los tres Iguales. Esta circunstancia no debia retraerme: lo mas facil en tales casos es trazar bien el caracter de un personage que adolece de un defecto muy general, y que puede observarse en muchos individuos: lo dificil es imaginar una combinacion dramática, en que el desenvolvimiento de un caracter muy comun produzca impresiones diferentes de las que ha producido en otra combinacion anterior. El que compare las dos citadas comedias de Calderon y de Solís con la mia, verá de qué manera tan diversa se han manejado en las tres composiciones los resortes de que puede disponer un poeta dramático.

Si en esta tentativa he quedado inferior á Calderon y á Solís, aun hay puestos distinguidos que ocupar en el Parnaso debajo de los que ocupan dos tan grandes ingenios. Si en mi fábula se nota mas verosimilitud, mas coherencia, mas correccion, estas ventajas no son mias; son de la época en que me ha tocado vivir, en la cual aquellos dos hombres ilustres habrian desempeñado mejor que yo el mismo argumento. Mi objeto, escribiendo *Los tres Iguales*, no fué pues, como lo supuso la medianía envidiosa, eclipsar á nuestros dramáticos antiguos, sino rendirles al contrario un homenage solemne, señalando á

la juventud estudiosa el camino que ellos abrieron, é indicando las precauciones con que el gusto aconseja seguir sus huellas. ¿No valdria esto tanto á lo menos como refundir sus comedias?

La de *Los tres Iguales* habria sido representada por Ysidoro Mayquez, para quien se compuso, si no lo impidiera su salida de Madrid á fin del verano de 1818. Esta ocurrencia me hizo renunciar á su representacion, en la cual no volví á pensar, hasta que ví bien ejecutadas algunas comedias antiguas en el teatro de la Cruz. Las representaciones de la mia, atendido el estado en que se hallan hoy las compañías cómicas, han dejado poco que desear. El actor José García Luna sobre todo ha desempeñado el papel de protagonista con celo é inteligencia.

ACTORES.

DON CARLOS DE URREA, *coronel de caballería.*
DON DIEGO DE RIBERA, *primo de*
DON PEDRO DE ROCA.
DOÑA YNES } *hermanas de don Diego.*
DOÑA ROSA }
DOÑA LUISA, *prima de don Carlos.*
JARAMILLO, *criado de don Carlos.*

La escena es en Madrid, en una sala de la casa de doña Luisa.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Don Carlos y Jaramillo.

JARAMILLO.

Si esto de hacer almanaques
no se me olvidó en mi ausencia,
de ser de zambra la tarde
todas las trazas presenta.
Vos de casa no salís,
contra la costumbre vuestra,
y el uniforme os realzan
las cintas y las veneras.
La primita doña Luisa
anda tambien muy compuesta,
y en la sala dos galanes
están con dos damiselas.
¿Qué va á que en menos de un mes
que estais aqui con licencia,
traeis ya toda esta gente
enjaranada y revuélta?
Y ¿qué va á que ya han caido
en la red dos excelencias,
diez usías, veinte ustedes,
con larguísima caterva
de tues, entre las cuales

de acá las criadas entran?

CARLOS.

¡Qué! nada hombre, estoy perdido.
Nunca, nunca peor cuenta
pude dar de mi persona
que en esta ocasion.

JARAMILLO.

¿De veras?

CARLOS.

Figúrate que á estas horas
estoy reducido á.... deja,
una, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete.... una docena
cuando mas: Cristobalina,
Angela, Isidora, Petra,
Clara, la Paca, Dolores,
Asuncion, Blasa, Manuela...

JARAMILLO.

Decid todo el calendario,
señor, para lo que queda.

CARLOS.

No, no hay mas, y esas tres damas
que ahi viste.

JARAMILLO.

Para que sean
tres, tiene que entrar la prima.

CARLOS.

Que entre muy enhorabuena.

JARAMILLO.

Pero, señor, eso ya

no es ley de Dios ni conciencia.
Las de fuera vaya en gracia;
pero las de dentro.....

CARLOS.

Esa
distincion sí que me gusta.
¿Cuándo á mí hacer diferencia
me has visto entre las mugeres
por ser de adentro ó de afuera?
¿Olvidas que nunca he hallado
muger que mal me parezca?
¿Que una por alta me agrada,
que otra por baja me peta,
que por blanca amé á Joaquina,
y á Lucía por trigueña?
¿Que solo el cutis suave
me enamoró en Genoveva,
y en Curra me cautivaron
los hoyos de las viruelas?
La gravedad castellana
y la andaluza franqueza;
la aspereza vizcaina
y la dulzura gallega;
la inconstancia valenciana
y la flema aragonesa,
sabes que del mismo modo
mi tierno corazon prendan;
y aun en Madrid, sin embargo
de que mudado me encuentras,
y que, por lo que verás,

no soy ya el mismo que era,
de ser querido de todas
nunca el anhelo me deja;
y sin bastar á curarme
de esta mi antigua flaqueza,
á todas las quiero bien,
porque ellas á mí me quieran.

JARAMILLO.

Hasta ahi bravo: bien sé yo
que esa es, señor, vuestra escuela;
pero me intereso en fin
en que vuestra prima sea
algo mas privilegiada.
Su sencillez, su inocencia
merecen una excepcion:
su padre á mas os hospeda
en su casa, y no es bien visto
que en vez de una recompensa
de amor y agradecimiento.....

CARLOS.

Jaramillo, ¡qué tal fuera
que la echáras de hombre grave
ahora de repente! Cesa,
chico, cesa por tu vida.

JARAMILLO.

Hay cosas que son muy sérias,
señor; y á mí que engañeis
á ciento de esas tontuelas
que andan bebiendo los vientos
por un galan, no me pesa,

que no habeis vos de guardarlas
cuando no se guarden ellas.
Pero á vuestra prima no,
no espereis que yo consienta;
y no solo por el mal
que á ella resultarle pueda;
mas tambien por evitar
que se enrede aqui una gresca,
si, como es preciso, alguna
de ellas á trascender llega
que amais á un tiempo á las tres;
porque amigas, y mozuelas,
y vanillas, y mugeres
para acabar, si sospechan
algo, entre todas os hacen
trizas, y dió fin la fiesta.

CARLOS.

Solamente has olvidado
al ajustar esa cuenta,
que los hábiles se ilustran
donde los tontos se estrellan.
Con solo mirar á alguna,
uno á su querida encela,
y mil suspiran por otro
que á un tiempo á las mil festeja.
El mérito es ver por donde
cada infelice flaquea;
pues en cuanto á flacas, todas
lo son por naturaleza.
Si el cebo es sabroso, todas

en el anzuelo se enredan,
diez si hay diez, y mil si hay mil:
jamas me falló esta regla.
Asi, por lo que á esto toca,
hijo mio, nada temas:
otra cosa hay que me trae
trastornada la cabeza.

JARAMILLO.

¡Ah! sí, eso iba á preguntaros,
pues no sé qué especie suelta
os he oido de mudanza,
y esta es novedad muy séria:
con que vamos, ¿y qué es ello?

CARLOS.

¿Querrás creer que á una de esas
dos hermanas que ahi están
amo yo un poco de veras?

JARAMILLO.

Eso de veras, señor,
ha menester cuarentena.
Pero ¿se puede saber
quiénes esas damas sean?
¿Si alguno de esos señores
á alguna de ellas obsequia?
Y en fin.....

CARLOS.

Sí, lo sabrás todo.

JARAMILLO.

Pues bien, con pelos y señas.

CARLOS.

El que estaba en el sofá
es un don Diego Ribera
Céspedes y Zamorano,
caballero de Sigüenza;
rico, generoso, noble,
jóven, de buena presencia;
pero el trato desigual,
provinciales las maneras;
insolente si le callan,
cobarde si le gallean;
para lo festivo frio,
para lo sério postema;
para todo irresoluto;
y empeñado en que le quieran
la mugeres, no cesando
de predicarles modestia.
Vive éste con dos hermanas,
hermosas como dos perlas;
Rosa la mayor se llama,
señorita de novela,
el tono sentimental,
la moral pasmarotera,
filantrópica á la moda,
como educada en la escuela
de los que haciendo pasar
por realidad la apariencia,
de la virtud hablan siempre
y nunca en la virtud piensan;
y el corazon todo nieve,

si toda fuego la lengua,
mientras que á la especie humana
amar con delirio afectan,
por un individuo nunca
una privacion sufrieran.
La menor se llama Ynés,
jóven de sin par viveza,
para ser amante loca,
para ser amiga tierna,
franca hasta la indiscrecion,
indulgente sin reserva,
recatada sin melindre,
dentro de casa casera,
en la sociedad señora,
y en la calle petimetra.
A esta niña un caballero
de su pais galantea,
pariente suyo, llamado
don Pedro de Roca y Mesa;
hombre muy acomodado,
de clase y condicion buena,
de vastísima instruccion
y honradez á toda prueba;
pero descuidado, frio,
sin carácter; de manera
que, aunque alguna que otra vez
una opinion ó un sistema
parezca haber abrazado,
sistema y opinion cesan
desde el punto en que le hacen

la observacion mas ligera.
A su dictámen le atrae
siempre el último que llega;
y siempre del mismo humor,
ya sean suyas ó ya agenas,
ni las venturas le engríen,
ni las desgracias le aterran.
De aqui, sin que yo lo diga,
sacarás la consecuencia
de que el amor no ha podido
merecer de su parienta.
En el cuarto principal
de nuestra casa se hospedan
todos cuatro, y á mi tio
los une amistad estrecha;
y esto, agregado al amor
que don Diego á Luisa muestra,
y á que este señor no tiene
donde ir en Madrid, pues lleva
corridas sesenta casas,
sin hallar muger que pueda
sufrir sus largos sermones,
le hace las tardes enteras
y noches pasar aqui,
y que á veces con él vengan,
como ha sucedido hoy,
la Rosa, que es una estrella,
y la Ynes, de cuyo amor
arrastro yo la cadena.

JARAMILLO.

Pues señor, muy bueno.

CARLOS.

Y ¡qué!
¿No mas que eso?

JARAMILLO.

Es la materia
muy delicada, y no puede
un hombre.....

CARLOS.

Pues mira, deja
á un lado los circunloquios,
y dí lo que te parezca;
que por esta vez te ofrezco
oirte sin consecuencia,
y en todo caso no hacer
mas que lo que me convenga.

JARAMILLO.

Pues, señor, bien. ¿Doña Ynes
es rica?

CARLOS.

¿Rica? opulenta.

JARAMILLO.

¿El retrato que acabais
de hacerme se le semeja?

CARLOS.

Es mejor que la he pintado;
le he hecho una injusticia horrenda.

JARAMILLO.

¿Y os quiere?

CARLOS.

Por lo que creo,
está por mí loca y ciega.

JARAMILLO.

Señor, ¿y habrá en todo el mundo
hombre que tan necio sea,
que, con tal dicha en las manos,
que se le escape consienta?
Poder lograr una jóven
rica, hermosa, viva, tierna,
y andarse ahi en boberías
de requebrar á mozuelas,
y llevar la indiscrecion,
el descuido, la torpeza,
hasta obsequiar á otras dos
en su casa, á su presencia...
Vamos, si esto no es locura,
no hay locuras en la tierra.
Y diga Vmd. que la niña,
si se andan en morisquetas
con ella, no dará ruido.
Con su genio y su viveza
será capaz.... Vaya, vaya,
señor, las carnes me tiemblan,
me dan sudores, congojas,
al pensar que tan deshecha
fortuna por vuestra culpa
se malogre ó desvanezca:
que en su cuarto mismo vive
un hombre, que no la deja

por mañana, tarde y noche;
y que á la ocasion primera,
en que contra vos furiosa
y despechada la vea,
un *sí* forzado arrancando
de su balbuciente lengua.....

CARLOS.

Hombre, ¡qué elocuente estás!
Bien del dómine de Cuenca
se te lucen las lecciones.

JARAMILLO.

No es, señor, esta elocuencia
del dómine, es del amor
que os tengo.

CARLOS.

Pero exageras;
anda, marcha á refrescarte
ahi un poco la cabeza.

JARAMILLO.

Señor, quizá me excedí,
y cierto que lo sintiera;
pero lo que es irme, antes
es preciso que yo sepa
qué pensais hacer de Ynes.

CARLOS.

¿Qué? adorarla.

JARAMILLO.

La fineza
no es muy para encarecida,
pues otras mil.....

CARLOS.

Ir á verla.....

JARAMILLO.

Eso tambien yo.

CARLOS.

¿Quién? ¿tú?

JARAMILLO.

Pues estando acá, ¿no es fuerza?

CARLOS.

Ir á decirle el incendio
que me abrasa....

JARAMILLO.

Tantas de esas
llevais dichas, que me temo
que eso y nada....

CARLOS.

¿Pues qué piensas
que debo hacer?

JARAMILLO.

¿Qué? Ir volando,
persuadirla, convencerla
de vuestro amor, presentarla
cuantos testimonios, pruebas
y desengaños exija;
romper con las damiselas
que traeis engatusadas.....

CARLOS.

Vaya, vaya que aconsejas
cosas que no están escritas.
Todas esas diligencias

piden, señor Jaramillo,
ocasion, lugar y flema.
Ynés mis travesurillas
ni conoce ni sospecha;
Poco á poco....

ESCENA II.

Dichos, don Pedro y don Diego.

DIEGO.

Dos palabras,
señor don Carlos, quisiera
hablaros.

CARLOS.

Podeis decir
cuanto gusteis.

DIEGO.

De esta pieza
mandad salir, si os parece,
antes á ese mozo.

CARLOS.

Sea;
mas sabed que unido á él
desde mi infancia, á su tierna
lealtad confié siempre
mis placeres y mis penas.

DIEGO.

No obstante (1).

---

(1) Don Carlos hace seña á Jaramillo para que se retire.

ESCENA III.

Dichos menos Jaramillo.

DIEGO.

Pues, señor, yo
tengo de vos muchas quejas,
muchas, de que á no mediar
la amistad fina y estrecha
que me une con vuestro tio,
ya ha largo tiempo que hubiera
pedido satisfaccion.

CARLOS.

Señor don Diego Ribera,
cuando he intentado exigir
satisfaccion de una ofensa,
yo la he pedido de modo
que la he obtenido completa.
Mas si consideraciones
de interés ó de prudencia
me han hecho que de un agravio
la reparacion difiera,
nunca el enojo del pecho
se me ha asomado á la lengua.

DIEGO.

Yo pienso que merecía
contestacion menos seca
mi urbana declaracion.

CARLOS.

Señor, despues de una ausencia
de mas de un mes, ha llegado
hoy Jaramillo de Illescas,
y de importantes negocios
me estaba aqui dando cuenta.
Deseando vos hablarme
le hice salir allá fuera,
é interrumpí en vuestro obsequio
una grave conferencia.
Si algo teneis que decirme,
bien interrumpida sea,
pues antes que de mis cosas
justo es tratar de las vuestras.
Mas si hay algo que os impida
articular vuestras quejas,
quede esta plática aqui
por ahora, dejad que vuelva
mi criado, y pasad vos
con mi prima á esotra pieza.

DIEGO.

Con la intencion de casarme,
señor don Carlos de Urrea,
vine hace un año á la corte
desde mi patria Sigüenza;
y exigiendo en la que habia
de ser mi muger, mil prendas
que es dificil reunir,
asistí á las concurrencias
á observar lo que cumplia

al logro de mis ideas.
Cuando mi composicion
de lugar tuve ya hecha,
y á pedir me disponia
á doña Angela de Llera,
llegásteis vos á Madrid;
fuísteis una noche á verla,
é inspirarle amor fue obra
de la visita primera.
Humillado refugiéme
á su prima doña Petra,
y en solos dos ó tres dias
advertí que su cabeza
trastornaron igualmente
dos ó tres visitas vuestras.
A una señora, que yo
juzgué que no os conociera,
me dirigí despechado;
pero ¡cual fue mi sorpresa,
cuando os encontré al entrar
con ella á la chimenea,
apoyado vuestro brazo
en su silla, y á ella tierna
y almibarada con vos,
y conmigo esquiva y seca!
Ciego, de una en otra parte
paseé yo mi vergüenza;
seguísteisme cual mi sombra
vos tambien por donde quiera,
y en todas partes hallé

por vos cerradas las puertas.
De tanta contradiccion
fatigada mi paciencia,
á mi casa me retraje,
y de vuestra prima bella
solo al trato reducido,
la hallé candorosa, ingénua,
tanto que porque ahora solo
la malicia se celebra,
de simple no la bajaban
por ahi algunos troneras.
Todas estas circunstancias,
y á mas ser vuestra parienta,
y no ser rica, me hicieron
pensar que esta vez siquiera
respetaríais, señor,
mis intenciones honestas.
Pero tambien me engañé,
y, sin que imputarlo pueda
á otra causa que á vos, veo
que distraida é inquieta
doña Luisa, mis obsequios
y mis suspiros desdeña.
Este empeño en contrariarme,
esta rivalidad terca,
era ya un motivo justo
de rompimiento ó de queja;
pero eso no os bastó aun,
y multiplicando ofensas,
estais á mi hermana Ynés

tambien mintiendo finezas,
y.....

PEDRO.

A mí esa parte me toca,
como al hombre que profesa
á Ynés el amor mas puro;
y no es bien que yo consienta
abandonar á ninguno
el honor de su defensa.
Doña Ynés, señor, es mia.

CARLOS.

Os confieso que es muy nueva
para mí la tal noticia.

PEDRO.

Pues bien, don Carlos, sabedla,
y que don Diego su mano
otorgó á mi amor.

CARLOS.

¡Ah! Esa
es ya harina de otro saco.
Pues señor, enhorabuena:
quiere decir que á los dos
las gracias de Ynés nos prendan;
pues bien, cada cual trabaje
por su parte en merecerla,
y siga para lograrlo
la ruta que le parezca.
Vos con su hermano entendeos,
yo me entenderé con ella.

DIEGO.

Señor don Carlos, asuntos
de tan grave trascendencia,
merecian ser tratados
de diferente manera.

CARLOS.

En verdad no sé qué hacer
para agradaros. De seca
calificásteis ha poco
mi contestacion primera,
y la segunda, aunque dulce,
igualmente os descontenta.
¿Qué hacer en tal situacion?
Reñir por la bagatela
de si fuimos ó vinimos,
si os aman ó me desdeñan,
un disparate sería
de que todos se rieran.
Entre amigos los disturbios
á menos costa se arreglan.
Cachaza opondré yo, pues,
don Diego, á vuestra viveza,
y trataré de volveros
avisos por reprimendas.
Los intereses de amor
con las mugeres se arreglan
en derechura, señores:
quien no lo hace asi lo yerra,
y ó ser su mérito poco,
ó mucho su orgullo muestra.

Empiece por ser amable
el que ser amado quiera;
no la autoridad invoque
para que su amor sostenga,
que se unen dificilmente
el amor y la obediencia.
No estremezca á sus amadas
una faz adusta y fiera;
haláguenlas los talentos,
encántenlas las finezas,
y si con alguna esquiva
por acaso se tropieza,
que el mérito no cautive
ó la habilidad no venza,
hágase sin perder tiempo
una retirada en regla,
de modo que el movimiento
nadie, si es posible, entienda;
que en la milicia de amor
de los reveses la nueva
mas pronto que en la de Marte,
y haciendo mas daño, vuela,
y á un vencido todo el mundo
luego le cierra las puertas.
Si esta leccion os agrada,
otras os daré á la vuelta,
porque ahora mi criado
me está esperando allá afuera.

ESCENA IV.

Don Diego y don Pedro.

PEDRO.

Pues señor, quedamos frescos.

DIEGO.

Pero ¿has visto qué insolencia,
hombre?

PEDRO.

Pues ¿no te lo dije?
Tú rabias por cosas de estas,
y yo me dejo arrastrar
de ilusiones y quimeras
tambien, vaya, y damos pasos
que estudiantes no los dieran.
¡Cómo ha de ser! Yo me tengo
la culpa, conque paciencia.

DIEGO.

Mas, ¿piensas tú que la cosa
se quede asi?

PEDRO.

¡Linda flema!
Pues ¿cómo se ha de quedar?
¿Qué quieres que nos suceda,
cuando él sobre cualquier punto
tantas ventajas nos lleva?
Si baila, un ave parece
de quien no se ven las huellas

si canta, es un ruiseñor;
violin, trompa, vihuela,
flauta, cualquier instrumento
á que él llegue es una orquesta.
Facilidad en hablar,
buen aire, noble franqueza,
modales muy delicados,
hermosísima presencia,
buena edad, salud robusta,
tres galones por contera,
¿es posible resistir
á tal hombre y tales prendas?
¿y quién? ¿nosotros? nosotros,
Diego, no haremos carrera
por aqui: tu hermana Ynés
me queria á mí en Sigüenza;
y ¿por qué? porque alli yo
un hombre superior era;
mientras que aqui ambos á dos
somos.... somos dos babiecas,
dos zopencos, dos.... ¡qué!

DIEGO.

¡Vaya,
hombre, pues nos lisonjeas!
Conque nuestra probidad,
nuestro honor, nuestra franqueza.....

PEDRO.

Calla, chico, entre mugeres
no es corriente esa moneda.

DIEGO.

Pero hombre, tu erudicion.....

PEDRO.

¡Oh! La erudicion muy buena
para servir una plaza
de oficial de biblioteca:
pero Diego, ¿con mugeres?

DIEGO.

No, no; si la Ynés te oyera,
te quedára agradecida,
Perico.

PEDRO.

¡Va! Ynés es buena,
pero la corte deslumbra
á las pobres lugareñas,
y por oro en barras toman
el oropel que las cerca.
Derecho creen al hombre
que con un corsé se espeta,
fino al que á todos adula,
opulento al que se juega
diez medallas á una carta,
sábio al que habla de gaceta,
benéfico al que enternecen
amoríos de novela,
y así lo demas. Nosotros
no somos para estas fiestas.
De acicalarnos al uso
no entendemos la manera,
ni murmurar nos agrada,

ni nos divierten chufletas,
ni tocamos instrumentos
mas que la humilde vihuela;
ni de los valses malditos
podemos sufrir las vueltas;
ni la moda nos cautiva,
ni la vanidad nos ciega,
ni en fin, adular sabemos
al orgullo y la flaqueza.
Creeme, Diego, marchemos
al instante á nuestra tierra,
que alli nuestro porte honrado,
nuestra clase, nuestras rentas,
sin necesidad de esfuerzos
con todos nos recomiendan.

DIEGO.

No, Pedro, que mi venganza
debo dejar satisfecha
primero yo, y....

PEDRO.

¡Qué venganza,
hombre, ni qué berengena,
si ese diablo es el mayor
espadachin de la tierra!

DIEGO.

No es la espada el instrumento
que ha de vengar nuestra ofensa.
La calidad de las armas
de que voy á usar no adviertas,
que todas son permitidas

para la propia defensa.
Tú has visto cómo ha salido
verdadera mi sospecha
del amor que tiene á Ynés
don Carlos, y que él confiesa.
Pues sábete que he observado
á mas que estando Ynés fuera,
hacía tambien á Rosa
sus guiñajos y sus señas;
de que infiero que á las dos
al mismo tiempo requiebra.
Esto supuesto, he pensado,
Pedro mio, sorprenderlas,
de tan perversos designios
desenredar la madeja,
y ponerles á la vista
de su amante la vileza.
En casos tales no sabe
su indignacion violenta
contener Ynés; y Rosa,
aunque fria y circunspecta,
cuando la verdad del hecho
y el furor de la otra vea,
no podrá dejar tampoco
de dar de su pasion muestras,
ni de declamar airada
contra el autor de su ofensa.
Despechadas y furiosas
las dos, al punto se alejan
del traidor que osó engañarlas,

y tú entonces aprovechas
la coyuntura, y tu fé
y tu amor á Ynés renuevas.
Luisa, que ha de presenciar
todas estas ocurrencias,
pues aqui han de suceder,
al primo entonces desprecia
tambien, y su mano es
de mi amor la recompensa.
El éxito de este plan
es infalible. En la guerra
á veces mas que el valor
sirve, Pedro, la destreza.
La guerra el coronel quiere
que aprendamos en su escuela;
muy bien, pero hagamos que
mútua la enseñanza sea:
enseñe él evoluciones,
pero aprenda estratagemas.

PEDRO.

¿Sabes que para hacer planes
vales un Perú?... Mas deja,
que hácia aqui las dos hermanas
en conversacion se acercan.

DIEGO.

Pues márchate al punto, Pedro;
que para que ellas no tengan
reparo ni inconveniente
en confesar su flaqueza,
y puedan manifestarme

lo que de don Carlos piensan,
conviene que estemos solos.

ESCENA V.

Don Diego, doña Ynés y doña Rosa.

ROSA.

Caballeros, pues es flema....
Pero aguarda, ¿se va el otro?
¿Conque en resumidas cuentas
quereis que solas estemos
toda la tarde? Paciencia.

DIEGO.

Ya iba yo á buscaros; mas
¿no estaba en esotra pieza
Luisa con vosotras?

ROSA.

Sí;
mas no sabemos qué pena
tiene la pobre estos dias,
que anda asi como suspensa,
melancólica.....

DIEGO.

¡Ay hermana,
si tú el motivo supieras,
mas lástima la tendrias.

ROSA.

¿Cómo? ¿qué tiene?

DIEGO.

La lengua
se rehusa á referirlo.

ROSA.

Diego, por Dios, no perpleja
me tengas mas, que en su suerte
mucho el alma se interesa.

DIEGO.

¿Y hablaré aun cuando á vosotras
gran parte en su mal os quepa?

ROSA.

Mucho mas.

DIEGO.

¿Y si el honor,
el órden social....

ROSA.

¡Ah! cesa,
hermano; de la moral
y del honor mas me afecta
aun el interés que el mio.
Para todo lo que sea
la virtud atropellada
defender, conmigo cuenta.

DIEGO.

Pues, amigas, vais á oir
la mas atroz, la mas negra
maldad, la mas vil perfidia;
vais de una injusticia horrenda....

ROSA.

Los cabellos se me erizan,

y la sangre se me hiela.
¡Y puede haber, virtud santa,
quien te ultrage asi en la tierra!

DIEGO.

Don Carlos.....

YNES.

¿Quién?

ROSA.

¿Eh?

DIEGO.

Don Carlos
á su prima galantea.

YNES.

¿Quién?

DIEGO.

Y la engaña el cruel.

YNES.

¿Quién dijiste?

DIEGO.

De mi lengua
salió el funesto secreto,
hijas, y vuestra sorpresa
de cierto mal que temí
ratifica las sospechas.
Yo sé, Ynés, que á nuestra hermana
don Carlos tambien festeja.

YNES.

¿Tambien?

DIEGO.

Sé ademas que á Ynes,

Rosa, don Carlos obsequia.

ROSA.

¿A mi hermana?

DIEGO.

Ya, queridas,
veis cual por mí descubierta
ha sido de ese traidor
la trama infame y perversa.
Mas que á mí toca á vosotras
evitar las consecuencias.
Que un desengaño terrible
le confunda y le estremezca.
Ya sabeis lo que os importa;
y para que mi presencia
vuestras deliberaciones
ni embarace ni suspenda,
yo me marcho, á Dios quedad.
Amor, tu triunfo celebra. (*ap.*).

ESCENA VI.

Doña Ynés y doña Rosa.

YNES.

Pero ¿es cierto que ha podido
á tí su pérfida lengua
mentir amores?

ROSA.

Sí, hermana,
y que supo de manera

exagerar su pasion,
que yo la creí....

YNES.

¡ Oh fineza
malograda! ¡ Oh inaudita
perfidia! ¿Quién te dijera,
Ynés, que ese hombre que tú
amabas con tal demencia,
de su abominable engaño
á tí víctima te hiciera?
Rosa, no hay amor, no, nunca
hubo amor sobre la tierra:
Ynés tan solo le tuvo,
¿y para qué? para afrenta.

ROSA.

Hija mia, ¿asi te afliges?
¿Cómo? ¿tus mejillas riegan
con tan pequeño motivo,
Ynés, las lágrimas tiernas?
Yo pienso muy de otro modo.
Al principio la sorpresa
me turbó un poco tambien;
pero ya á mi razon vuelta,
la dignidad de mi sexo,
mi reposo, mi entereza,
exigen de mí que el caso
mire con indiferencia.
Tú admirarás quizá, Ynés,
mi resignacion austera,
ó acaso imaginarás

que este esfuerzo nada cuesta
á mi pecho; cuesta mucho,
pero todo lo superan
razon y filosofía.

YNES.

No, sino naturaleza,
que felizmente te dió
un alma insensible y yerta.
¡Cuánto tenerla de marmol
quisiera yo, y no de cera!
Mas ¡ay, que al traidor descubro!

ROSA.

Sí, en la sala se pasea,
y sin duda para hablarnos
á tí ó á mí nos acecha.
A tí, Ynés, por mas fogosa,
abandono la palestra;
dile que á hablarnos ni vernos
jamas en su vida vuelva.
Dále bastantes pesares,
y haz de modo que en vergüenza,
en confusion y en oprobio
su arrogancia se convierta.

YNES.

Sí haré, Rosa; de mis labios
y de mis ojos centellas
verá salir, que reduzcan
su loco orgullo á pavesas.
Pero, por si acaso á mí
algo que decir me queda,

vente tú despues, y añade
todo lo que te parezca.
Que no le quede esperanza
en tí cuando á mí me pierda;
y pues á ambas engañó,
de ambas la cólera sienta (1).
Amor irritado, aqui
he menester tu elocuencia.

ESCENA VII.

Don Carlos y doña Ynés.

CARLOS.

¡Que en fin, Ynés soberana,
á solas contigo quedo!
¡Que verte sin temor puedo
de mi prima ni tu hermana!
¿Quién hizo la ley tirana,
que á un joven tierno condena
á que, de amor su alma llena,
no pueda á cualquiera hora
contar al dueño que adora
ó su placer ó su pena? (2)
Pero ese incierto mirar,
ese semblante sañudo.....
¿Quién, quién viviendo yo, pudo
darte ocasion de pesar?
¿Osó mi amor calumniar

(1) Vase Rosa.
(2) Fija los ojos en Ynés, y nota la indignacion de que se halla poseida.

alguna lengua malvada?
¡Y qué!... ¿Callas, é irritada
la vista apartas de mí?
Mi vida, ¿en qué te ofendí?
Dímelo luego, ó mi espada
fin pondrá á la cuita mia,
atravesando mi pecho.

YNES.

Pues para el engaño es hecho,
esa suerte merecia.

CARLOS.

Ynés, ¿quién la alevosía....

YNES.

Bajad el tono, traidor,
y agradeced al dolor
que mis fuerzas debilita,
que profanar os permita
el dulce nombre de amor;
pues bien que, á lo que comprendo,
ninguna vergüenza os cueste....

CARLOS.

Ynés, ¿qué lenguage es este?
¿Qué enigma que yo no entiendo?

YNES.

¿No entendeis? Seguid fingiendo,
y haced del disimulado.
En mentir amaestrado,
vuestra infamia disfrazad,
y á tres á un tiempo engañad,
villano.

CARLOS.

Mudo he quedado. *(ap).*
Bien, querida, sospeché
del punto en que aqui te ví,
que algun quejoso de mí
desacreditó mi fé.
Harto de la envidia sé
que mi feliz suerte inspira;
que me imputen no me admira
ese designio cruël;
que hayas tú creido en él
es lo que exalta mi ira.

YNES.

¿Cómo no lo creeré
cuando ven mis altiveces....

CARLOS.

Ynés, Ynés, muchas veces
engaña lo que se vé.
De tu amor satisfaré
vanos escrúpulos yo.

YNES.

No los satisfareis, no,
que en el mal que me atribula,
no olvido que el que hoy me adula
es el que ayer me engañó.

CARLOS.

Muy bien, señora, muy bien;
injurias no son razones,
mas mudanzas y traiciones
ellas disculpan tambien.

Harto las causas se ven
de vuestro furor fingido:
otro sin duda ha querido
al corazon vuestro entrar,
y para hacerle lugar
á mí me habeis excluido.
Pero no se alabe de esto
él, ni fie en su victoria,
que en desengaño su gloria
trocada verá muy presto.
Pronto el desden ó el denuesto
suceder verá al favor;
y cuando con mas dolor
llore hundida su esperanza,
atribuireis la mudanza
al exceso del amor.

YNES.

¡Cielos! y ¡pude escuchar
reconvencion tan crüel!
Y ¡osó vuestro labio infiel
mi fineza calumniar!
¿No os bastó recompensar
con ofensas mi cuidado,
sin que oseis desalumbrado
mi fé mancillar asi,
en vez de tomarme á mí
por modelo y por dechado?
Entonces no derramára
yo estas lágrimas que ves,
ni á la vida de tu Ynés

tu liviandad amagára.

CARLOS.

¿Mi Ynés? Cesa, prenda cara,
que á tus bondades rendido,
de mis sinrazones pido
perdon y de mis agravios;
perdon pronuncien tus labios,
y hunda tu enojo el olvido (1).
No? ¿Que nó me dices, fiera?
¿No te duele mi dolor?
¿Para qué tanto su amor
quien no perdona pondera?
¿Qué mas, dí, qué mas hiciera
quien me aborreciera mas?
Cruel, y ¿en flor segarás
la vida que solo amé
porque á tí la consagré,
á tí por siempre jamas?
¿Lo exiges? pues complacerte
sabré, implacable muger;
tu rencor satisfacer
sabré corriendo á la muerte;
y asi de mi triste suerte
el rigor neutralizando,
podré decir, exhalando
el suspiro postrimero:
»Venturoso yo, que muero

(1) Ynés muestra en sus ademanes no hallarse dispuesta á oirle.

á mi Ynés desagraviando." (1)
Mas ¡ cielos ! que menos dura
se muestra y menos airada ;
mi frenesí esa mirada
en un solo instante cura.
Ya de mi error y locura ,
Ynés , mi razon se afrenta ;
déjame que me arrepienta
de haberte dado pesar ;
no correré ya á buscar
una muerte violenta.
Años y años durará
nuestro venturoso ardor,
y en el seno del amor
la muerte nos hallará.
Nuestra tumba cubrirá
el arrayan, no el ciprés ,
y en ella á grabar despues
vendrá alguna mano pia :
»Bajo de esta losa fria
descansan Carlos é Ynés."

YNES.

No , no puede mas mi pecho.
¡ Que así mi constancia tuerza !
¿Por qué , Amor, no diste fuerza
á la que diste despecho ?

CARLOS.

¿Por qué ? Porque siempre ha hecho

(1) Ynés le mira con ternura.

de la verdad su blason,
y en medio de la ilusion
con que se alegra ó se asusta,
de que le acompañen gusta
la justicia y la razon.
Justicia y razon abrir
te hicieron por fin los ojos;
cesaron ya tus enojos,
y volvemos á vivir.....
No mas me expondré á sufrir
tus quejas ni tus rigores,
y de tus tiernos favores
pendiente solo mi vida,
me verás enternecida
consagrarla á tus amores.
Mas porque pueda creer
que expié en fin mis agravios,
deja mis ardientes labios (1)
sobre esta mano poner.
¡Ah! ¡qué inefable placer!
¡Ah! ¡qué delicioso ardor!

ESCENA VIII.

Dichos y doña Rosa.

ROSA.

¡Bravo! señora y señor.
Muy bien por aqui se pasa.

---

(1) Tómale la mano con timidez.

CARLOS.

Cayóse á cuestas la casa. *(ap.)*

YNES.

¿Dónde ocultar mi rubor? *(ap. y vas.)*

ESCENA IX.

Don Carlos y doña Rosa.

CARLOS.

Ah! ¡qué á tiempo habeis llegado,
dulce Rosita, qué á tiempo!

ROSA.

Sí, muy oportunamente,
don Carlos, á lo que veo,
pues puedo asi por mí misma
juzgaros y conoceros;
puedo de una hermana débil
contrariar....

CARLOS.

Muy bien por cierto.

ROSA.

¿Muy bien eh? ¡Conque sarcasmos
sobre engaños! ¡Estupendo
modo de satisfacer
á justos resentimientos!
Mas no seré yo quien sufra
sobre el agravio el desprecio;
y si respetar no os hizo
el decoro de su sexo

Ynés ; si fragil, liviana
del honor de sus abuelos
pudo.....

CARLOS.

Perdonad, señora,
si á interrumpiros me atrevo,
pues nada mas impresion
hace en mi sensible pecho,
que de la injusticia ciega
el apasionado acento.

ROSA.

Supongo que esa invectiva
no se aplica á mí.

CARLOS.

A vos dejo
decidir esa cuestion.
Soy justo, y siempre he de serlo,
y aun indulgente seré
cuando llegue á convenceros.
Decid, ¿creeis permitido
culpar por un solo hecho
equívoco, un falso indicio,
la conducta de un sugeto?

ROSA.

Sabed que de mi paciencia,
señor mio, no consiento
que nadie abuse en el mundo.
¿Llegará vuestro grosero
descaro á hacerme que dude
de lo mismo que estoy viendo?

¿A negar que vuestros labios
os ví estampar....

CARLOS.

¿Yo lo niego?

ROSA.

Pues entonces....

CARLOS.

¡Y qué! ¿entonces
la causa que obligó á ello
no pudo ser inocente,
y aun meritoria?

ROSA.

Rebiento
de indignacion. ¿Meritoria?

CARLOS.

Vamos, señora, no debo
dejar que os abandoneis
en esta ocasion á extremos,
á que luego seguirian
rubor y arrepentimiento.
Vos, Rosita (la verdad),
vos y vuestra hermana á un tiempo
del amor las inquietudes
derramásteis en mi pecho.
Las dos, dos deidades érais
á mis ojos: en silencio
comparaba vuestras gracias
yo, pero siempre perplejo,
entre las dos no sabia
á cuál declarar mi dueño.

Tal era mi situacion,
cuando un aspid torpe, de esos
que la sociedad abriga
para que rompan su seno,
(un envidioso, señora,
para no andar con rodeos),
dando un negro colorido
sin duda á mi aturdimiento
juvenil, de ambas á dos
contra mí excitó los celos.
Yo, ignorante de esas tramas,
al llegar aqui á Ynés veo
las lágrimas enjugando,
el semblante componiendo.
Quiero hablarla, y sobre mí
fijando sus ojos yertos,
estas razones me dice
con grave y pausado acento:
» Señor don Carlos, he visto
que ser dichosa no puedo
ya con vos; yo necesito
un corazon todo entero,
y quiero mucho á mi hermana
para disputarle el vuestro."

ROSA.

¿Eso dijo?

CARLOS.

Su hermosura,
su angélico entendimiento,
su ardiente filantropía.....

ROSA.

¿De quién? ¿de Ynés?

CARLOS.

Prosiguiendo
estaba yo su discurso.

ROSA.

Acabárais. Continuemos.

CARLOS.

Acreedora la hacen
á que yo ceda en su obsequio.....

ROSA.

Generosa Ynés, cuán mal
juzgaba yo de tu afecto!

CARLOS.

No la permití acabar;
y aunque turbado, el aliento
esforzando, Ynés, la dije,
estais entendida; luego
á los pies de vuestra hermana
me vereis.... ¿pero á qué es esto?
¿A qué inútiles discursos
delante de vos renuevo,
si el ódio que me teneis....

ROSA.

Qué ex abrupto, señor! Seso,
cordura por Dios.

CARLOS.

Cordura
no puede haber donde hay miedo.

ROSA.

¿Vos miedo? Y ¿de quién?

CARLOS.

De vos.

ROSA.

¿Tan fea soy?

CARLOS.

Si el despecho
os enagena, horrorosa:
por la rabia descompuesto
y desfigurado he visto
ahora ese rostro hechicero;
y cárdenos esos labios
de rosa; hinchado ese cuello,
que al alabastro bruñido....

ROSA.

Paso, paso, que aun no habemos
acabado, irresistible
hablador.

CARLOS.

Muy bien, pues vuelvo
el hilo de mi discurso
á tomar porque acabemos.

ROSA.

Estábamos en que....

CARLOS.

Sí,
estábamos en que tierno
ofrecí á Ynés consagraros
todo el ardor de mi pecho.

Para conseguir mas pronto
que disculpaseis mis yerros,
solicité por favor
último, que Ynés sus ruegos
interpusiese con vos;
prometiómelo en efecto,
y enagenado de gozo
cogí su mano, y.... yo creo
que este es negocio acabado.

ROSA.

Pues á la sala pasemos,
que ciertas explicaciones
pedir á mi Ynés deseo,
y si ella....

CARLOS.

Ah no, no, ese paso
impedir, señora, debo.
Es Ynés tan delicada;
me encargó tanto el secreto;
será tan grande el placer
que tendrá con sorprenderos,
revelándoos ella misma
este agradable misterio,
que pienso no extrañareis
el que os ruegue, como os ruego,
que por dos horas siquiera
recateis.....

ROSA.

¡Ah Ynés! ya veo
el motivo que tuviste

para obrar asi, y lo aprecio.
Ya os aclararé un enigma,
Carlos, que yo sola entiendo.
Perdonad, si deslumbrada.....
Pero entrad, que aqui hablaremos.

ESCENA X.

Don Carlos solo.

CARLOS.

Gracias á Dios; en mi vida
me ví en mas terrible aprieto.
¡Qué fingir! Pero por fin
salí del atolladero,
y evité las consecuencias
de su atroz resentimiento.
Ahora en estas dos horitas
de término, lugar tengo
para instruïr á mi Ynés
del motivo de este enredo,
y mi amor y mi ternura
asegurarla de nuevo.
Dulce Ynés, tu triste llanto
ha conmovido mi pecho.
No llorarás tú ya mas
por mí, yo te lo prometo.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Don Carlos y Jaramillo.

CARLOS.

Vaya, eso es ya, Jaramillo,
una manía, una tema,
una tontería en fin.

JARAMILLO.

Pues señor, enhorabuena;
tontería, muy bien dicho:
lo que es cosa muy discreta
y muy atinada es
esa bataola eterna
que traeis, esos embrollos....

CARLOS.

Mira, hombre, me desesperas.
¿Cuántas veces has de oir
que, en la situacion estrecha
en que me encontré, no habia
otra salida que aquella?
Y tú, dí, ¿qué habrias hecho,
con tanto como ponderas
mi indiscrecion, en tal lance?
Rosa sapos y culebras

vomitaba contra mí.
Apaciguarla era fuerza,
ó resignarme á luchar
con su enemistad tremenda;
cosa que de parte mia
fuera una insigne torpeza,
cuando ella ejerce en su casa
tan señalada influencia.
Aun mi reconciliacion
con Ynés no era completa;
y si alguien se presentaba
á sembrar cizaña, ella
que necesita de poco,
sabe Dios de lo que fuera
capaz, y si se podria
segunda vez contenerla.
La idea de este peligro,
Jaramillo, ¡cuál me aterra!
Quiero mucho á Ynés.

JARAMILLO.

Sí, mucho,
por supuesto.

CARLOS.

¡Si supieras
lo que padece mi alma
despues de esa conferencia
que ahora con ella he tenido!
Yo, la verdad, viva, tierna,
fogosa ya la creía
dias ha; pero ¡qué! si era

su boca un volcan, sus ojos
dos luceros, dos....

JARAMILLO.

Aprieta.
Señor, os pido perdon,
pero si andais con estrellas,
con luceros y volcanes,
permitidme que no crea
en vuestro amor, y que ducho
como estoy en la materia,
reconozca en esas frases
la municion que se emplea
para cazar corazones.

CARLOS.

Eh, necio, conten la lengua,
y el amor impetuoso
que profeso á Ynés respeta.
Yo mismo no conocia
de este amor la violencia;
y como el incauto niño
que con la pólvora juega
al rededor de las ascuas
entre cenizas envueltas,
que ningun peligro teme
hasta que una chispa vuela,
que la pólvora inflamando,
su cara y sus manos quema,
asi yo.... Pero, qué pronto (1),

(1) Mirando al relox.

hombre, los plazos se acercan!
Media hora larga va ya
corrida sin poder verla,
y se pasarán las dos
acaso como esta media.
Si á lo menos un papel....
¿No te parece que estrecha
mucho la dificultad?
¡Qué reacia y majadera (1)
la Luisa está, sin dejarla
ni un minuto! De postemas
Dios por su bondad nos libre.
Pero habla, bobo, ¿en qué piensas?

JARAMILLO.

¿Quién? ¿yo? Como soy tan tonto....
Y luego marimorenas
de esta clase, ¿á qué es cansarse?
á mí, señor, no me entran.
Yo cuando á ninguna quiero,
con todas me hago una breva:
mas si á una llego á querer,
todas las demas me apestan.
Y eso de andar..... ya se ve,
si soy un tonto. Paciencia.

CARLOS.

Calla, calla, que triunfamos (2).

JARAMILLO.

¿Sí? Pues por mil años sea.

---

(1) Mirando adentro con mucho interés.
(2) Mirando adentro.

CARLOS.

¿No ves á Luisa, que en fin
viene aqui? Por la otra puerta
me escurro, y á hablar á Ynés
me voy que sola se queda.

ESCENA II.

Dichos y Luisa.

LUISA.

No, ven acá, no te vayas,
óyeme, traidor.

CARLOS.

Pues esta *(ap.)*
es otra. — Mi amada prima,
por un momento quisiera
que me dejases salir.
Mas de dos mil diligencias
tengo que practicar hoy,
que importan sobremanera.

LUISA.

Pues sobremanera á mí
tambien me importa que sepas....

CARLOS.

Sí, todo se compondrá,
todo, y como se desea,
y en breve, vamos....

LUISA.

No, aqui (1).

(1) Deteniéndole.

CARLOS.

Pero hombre, mira, ¿no observas (1)
esto? Pues dí que es apuro
con una cosa tan.... Deja,
muger, por Dios.... Jaramillo
te contará....

LUISA.

Sí, tan buena
pieza como tú será
el tal Jaramillo.

JARAMILLO.

¿Pieza?

CARLOS.

En fin....

LUISA.

En fin, si alborotas,
te dejaré aunque no quiera;
mas no será sin decirte
antes que es una bajeza
que á dos mugeres un hombre
á un mismo tiempo entretenga.

CARLOS.

¿Yo á dos?

LUISA.

Sí, tú á dos, infiel.

JARAMILLO.

Pues esta las trae frescas *(ap.)*

---

(1) A Jaramillo.

LUISA.

Rosa misma acaba ahora
de contarme las ternezas,
que pocos minutos antes
le dijiste.

JARAMILLO.

Agur morena *(ap.)*

CARLOS.

¿A tí Rosa?

LUISA.

A mí y á Ynés.

CARLOS.

¿Cómo? ¿á Ynés tambien?

LUISA.

¡Qué! ¿tiemblas?
Lo mismo le sucedia
á Ynés cuando.... ¡Qué tal fuera
que en lugar de las dos, tres
anduviesen en la gresca!
Qué tal que el traidor.....

CARLOS.

¿Quién? ¿yo?
¿Es á mí á quien se endereza
ese cumplido?

LUISA.

Seguro,
¿y á quién mejor se pudiera?

CARLOS.

Sí, á mí, lo merezco todo.
De que soy falso se quejan.

Pues el falso hará de modo
que nadie por tal le tenga.

ESCENA III.

Doña Luisa y Jaramillo.

LUISA.

Y eso ¿qué quiere decir,
Jaramillo? ¿Gasta de estas
á menudo el señor primo?
Tú, que por verle de cerca
durante toda su vida,
debes saber su manera
de conducirse.... Sí, vamos,
es preciso que lo sepas;
yo por eso no he temido
hablarle aqui en tu presencia,
no obstante que en estas cosas
de amor hay siempre cautela.
Y ¡qué! ¿no me dices nada?
¿nada? pero allá se entra (1).
Ah, ya, á la Rosa sin duda
le va á decir cuatro frescas
porque ha fraguado ese embuste.
No, ello es una desvergüenza.
Mira, ¿no crees lo mismo
tú? no, dilo con franqueza.

---

(1) Mirando adentro.

JARAMILLO.

Señorita.... ¿he de engañarla? *(ap).*
Como, ya se vé, apariencias
y realidades á veces
se confunden, y quien piensa
que lo acierta mas, al fin
suele ser quien mas lo yerra,
¿qué quereis que os diga? Un poco
aguardad, y á ver.....

LUISA.

Ya, y mientras
estar una con el alma
en un hilo; pues consuelas.

JARAMILLO.

Pero ¿cómo, señorita,
pudísteis (¡qué maldad esta!) *(ap).*
de vuestro primo rendiros
al halago y la fineza?

LUISA.

¿Qué quieres, hombre? Yo estaba
muy tranquila y muy contenta,
de mi música y dibujo
dedicada á las tareas,
cuando él, sin saberlo yo,
vino á Madrid con licencia.
Es mi primo, y yo le amé;
pero asi, sin consecuencia,
sin nada; yo no sabia
qué era amor, no; hablo de veras.
Él empezó á festejarme,

á decirme mil ternezas,
y, ya se vé, me gustaron,
preciso, como á cualquiera.

JARAMILLO.

Ese es el mal, que al principio
gustan, y luego....

LUISA.

No, deja,
que luego bien la he pagado.
Hijo ¡qué inquietud! ¡qué pena!
¡qué mal estar! ¡qué pasar
en claro noches enteras!
¿Y para qué? para nada.
Lo que es ponderar, pondera
él tantas felicidades,
tantas cosas.... mas la cierta
es, que desde que le ví,
no he tenido una hora buena.

JARAMILLO.

¡Pobre niña!

LUISA.

¡Sí, bien pobre!
Me hubiera él dejado quieta,
y no tendria yo ahora
que andar en zambras ni fiestas.
Figúrate que allá Rosa
va, y un historion nos cuenta.....
qué! una novela del diantre.
Pero hombre, vaya, confiesa
que esto es una picardía,

y mas que de tu amo sea.

JARAMILLO.

Quizá.....

LUISA.

Yo tambien lo veo
eso que decirme piensas;
y que Rosa, como es
tan hábil y tan parlera,
se sacó sin duda alguna
el cuento de la cabeza;
porque ¿cómo era posible
que él á otra muger quisiera,
cuando yo no quiero á nadie
mas que á él? ¿No te hace fuerza?

JARAMILLO.

(ap). ¡Qué lástima! Señorita,
esa infantil inocencia
á descubriros me obliga....

ESCENA IV.

Dichos y don Diego.

DIEGO.

Salid, amigo, allá fuera,
que á esta dama que hablar tengo
cosas....

JARAMILLO.

Señora, paciencia.

LUISA.

Pero vuelve luego; ¿sí?
pues muy bien, pendiente queda.

ESCENA V.

Don Diego y doña Luisa.

DIEGO.

Vuestro honor, Luisita, el mio,
la justicia, la conciencia.....

LUISA.

Un momento. ¿En qué consiste
que todas vuestras arengas
por conciencia, por justicia,
y por cosas asi empiezan?
Yo no sé, mas me parece
que hablando de amor no pegan;
y luego, si una no entiende
de eso palabra ni media.

DIEGO.

Pues bien, lo suprimiremos,
supuesto que no os contenta.

LUISA.

Eso es, decid llanamente
lo que traeis, y..... solteras
ya sabeis que no es bien visto
que á los hombres den audiencia
á solas; con que.....

DIEGO.

En tal caso

señora, lo mejor fuera
negarla á todos.

LUISA.

¿Pues yo....

DIEGO.

Vos la dais á quien no aprecia
vuestras virtudes. Don Carlos....

LUISA.

Pero ¿qué enemiga es esa
que habeis tomado con él
quince dias ha? Y conciencia
luego, y justicia, y.... Señor,
esas cosas son muy buenas,
cuando salen de aqui dentro.
Palabras que el viento lleva
son si no, y de las ociosas
Dios nos ha de pedir cuenta.

DIEGO.

¿Conque en fin, yo no podré
hacerme oir?

LUISA.

¿Quién lo veda?
Vamos al grano, y veamos
si....

DIEGO.

Pues bien, al grano, sea.
Madrid todo está informado,
Luisita, de que os obsequia
vuestro primo, y de que vos
recompensais su fineza.

LUISA.

Pues no discurria yo
que se esparciese la nueva
con tanta velocidad.

DIEGO.

¡ Qué ! si las noticias vuelan ,
y el indiscreto don Carlos
la ha cundido de manera.....

LUISA.

¿ Pero por todo Madrid
eh? Vea usted. ¿Y qué piensan
de eso las gentes?

DIEGO.

Señora ,
todos , todos vituperan
la conducta de don Carlos.

LUISA.

¿Y por qué? pues que él me quiera
ó me deje de querer,
¿á ellos qué les interesa?

DIEGO.

Si os quisiera solo á vos ,
todo el mundo lo aplaudiera ,
pero.....

LUISA.

¡Ah! sí , vuestra hermanita
os refirió la historieta
sin duda de.....

DIEGO.

Nada sé.

LUISA.

Yo creí que os lo dijera.
Pues parece que á la Rosa
Carlos, segun ella cuenta,
le dió no sé qué palabra;
pero no, no será cierta,
puesto que todo Madrid
sabe que á mí me festeja.

DIEGO.

¡Ah! eso no es inconveniente:
como él á un tiempo á diversas
sabe engatusar....

LUISA.

¿Quién? ¿él?

DIEGO.

Él, y aqui tengo una prueba,
entre ciento que en un solo
instante ofrecer pudiera.
Subia yo de mi cuarto
ahora mismo, y á la puerta
una muger de mal aire
aguardaba á que le abrieran.
Al verme, á mí se encaró,
y asi como con reserva
ó miedo, »¿es vmd., me dijo,
«señor, don Carlos de Urrea?"
Yo me la quedé mirando,
mas sin esperar respuesta
prosiguió: »Doña Clarita
«me envía con esta esquela,

«y encarga á usted que esta noche
«vaya sin escusa á verla.''
Tomé el papel, y no obstante
que contener mi impaciencia
habria debido, no pude;
y sin abrirlo, que fuera
grosería imperdonable,
he visto en algunas letras
su maldad justificada,
y probada vuestra ofensa.
Le abriré si no os agravio (1).
¿No? pues dejad que le lea.
Lee. » Señor don Carlos, mugeres
«de mi clase y de mis prendas
«villanías y traiciones
«sabed que impunes no dejan.
«Por todo Madrid circula
«de vuestro enlace la nueva
«con vuestra prima, y....

LUISA.

¿Por todo
Madrid, eh? Ya, si se empeñan....
Proseguid, señor don Diego.

Lee DIEGO.

«Mi honor y mi amor me fuerzan
«á deciros que esa mano
«de que disponeis no es vuestra,

(1) Luisa muestra en su gesto no tener inconveniente.

«pues que la habeis prometido
«mil veces á mi fineza.''

LUISA.

¿A la suya, eh? ya. — Adelante.

Diego lee:

«Yo bien sé que igual promesa
«á otras muchas habeis hecho;
«pero señor, ni su esfera,
«ni su situacion permiten
«que nadie disputar pueda
«vuestro corazon conmigo.
«Sin embargo no insistiera,
«y á vuestros remordimientos
«dejára el vengar mi ofensa,
«si me hubiera preservado
«de ciertas condescendencias,
«que harán de mis tristes ojos
»correr lágrimas eternas.
«A Dios: continuar no puedo:
«no querais á la vergüenza
«y al oprobio condenar
«á una muger viva y tierna
«á quien sedujísteis. — *Clara*....''
Repr. Y bien, señora, esta prueba
¿os abrirá en fin los ojos?

LUISA.

Sí, ello es de muger la letra (1).
¡Y que tales picardías

(1) Mirando el papel.

en el mundo se consientan!
Pues yo le aseguro á él
que la cosa será séria,
y muy séria, y yo lo digo;
y eso de condescendencias,
que haber tenido con él
la dama del papel cuenta,
la que mas y la que menos
quién sabe si.... Pero venga
ese billete, don Diego,
que yo quiero que le vean
Rosa é Ynés, y que entrambas
de mí á manejar aprendan
un negocio delicado,
que aunque por tonta me tengan....
Pero vamos, ¿qué pensais?

DIEGO.

Señora, este escrito era
en mis manos....

LUISA.

En las mias
mas falta hace que en las vuestras.
No temais por el secreto (1),
que conmigo no se arriesga.
Venga el papel, yo haré de él
el uso que nos convenga.

---

(1) Tomando el papel.

ESCENA VI.

Don Diego, despues don Pedro.

DIEGO.

Anda con Dios, que con tal
que Rosa é Ynés le vean,
y armen una zalagarda....
Perico, famosas nuevas.
Acabo de aprovechar
una feliz ocurrencia,
que nuestra intriga anterior
á propósito refuerza.
Se trabaja, se trabaja
con soberbias apariencias;
no hay dudarlo, se dará
con el coronel en tierra.

PEDRO.

Hombre, qué sé yo, tú tienes
tan anchas las tragaderas....
La trama anterior dijiste
que era una cosa estupenda.

DIEGO.

Tambien lo dijiste tú.

PEDRO.

Eso sí, la creí buena,
mas no ha tenido resultas,
á lo menos que yo sepa,
y....

DIEGO.

Pero, hombre, ¿ querías
que tan pronto las tuviera?
Estas cosas, hijo mio,
piden cachaza y espera.
Que pase una hora, y ya
verás lo que aquí se enreda
con el dichoso papel.

PEDRO.

¿ Con qué papel?

DIEGO.

Una esquela
que arder puede en un candil,
de una Clara, ó una yema,
que ya costará bien cara,
bien cara al señor de Urrea.

PEDRO.

Pues eso puede ser bueno,
¿ no es verdad?

DIEGO.

¡ Qué! bagatela;
una muger engañada
por don Carlos, que se queja
de.... nada, de niñerías....
Ya verás: de nuestra tierra
hoy, Perico, va á quedar
la reputacion bien puesta.
Al chismecillo anterior
lo del billete se agrega
ahora, y zas, sin mas ni mas

mi hombre finó.... ¿A que te alegras?

PEDRO.

Sí me alegro; mas don Carlos
es un diablo, y si le dejan
hablar me temo que....

DIEGO.

Bueno,
teme todo cuanto quieras,
que nada tu temor daña,
puesto que en nada te mezclas;
mas prepárate á coger
el fruto de mis tareas,
y en tu Ynés de mis afanes
á obtener la recompensa.
Ya me parece que á Luisa
veo abrir aquella puerta.... (1)
Mas ¿qué miro? ¿no es don Carlos
quien está hablando con ella?

PEDRO.

Ja, ja, ja.... ¡Qué! en un candil
arder el papel pudiera.

DIEGO.

Pero hombre ¿de qué te ries?
¿no ves?.... y siguen y altercan.
No, yo voy á interrumpir
esa fatal conferencia.
No te apartes de aquí, Pedro,
por Dios hasta que yo vuelva.

---

(1) Mirando adentro.

ESCENA VII.

Don Pedro solo.

PEDRO.

Pues señor, no hay que esperar;
la engañó, y cual si lo viera,
el ponderado papel
le sacó sin resistencia.
¿Y qué hacer, Pedro? huir de aquí,
perder de vista esta tierra,
en que la audacia, el descaro
solo y la trápala medran....
Mas ¿dónde ir, si todo el mundo
es con corta diferencia
lo mismo, y lo que aquí pasa
pasa tambien donde quiera?
Los hombres son embusteros;
las mugeres son coquetas;
de unas las otras murmuran
aquí lo mismo que fuera.
Murmura el pobre del rico
que le ocupa y le sustenta;
el ignorante del sabio
murmura que se las pela,
y los sabios por su parte
allá entre sí se desuellan.
En los grandes el orgullo,
en los chicos la bajeza;
cálculos para el amor,

y para la amistad flema,
esto en córte y en provincias,
en ciudades y en aldeas
desde Pekin á Lisboa,
y desde Chile á Noruega.
Pues señor, si esto es así,
dejemos las cosas quietas,
y cada cual se gobierne
por su parte como pueda.
Por la mia en amoríos
seguro está que me meta
ya mas....

ESCENA VIII.

Don Carlos, don Diego y don Pedro.

CARLOS.

De vos ni de nadie (1)
he de menester licencia
para hablar yo con mi prima
cada vez que me convenga.

DIEGO.

Ni yo, señor, necesito
tampoco que se me advierta
de lo que tengo que hacer,
ni que nadie se entrometa
á juzgar de lo que á mí
me conviene ó trae cuenta.

---

(1) A don Diego.

Si me habeis visto llegar
á donde estábais con ella,
causa muy privilegiada
hubo que á esto me moviera.
Vuestra prima sabe....

ESCENA IX.

Dichos, doña Rosa y doña Luisa.

LUISA.

Y bien,
¿qué es lo que yo sé?

DIEGO.

Ya es fuerza
explicarse sin rodeos.
Señorita, aquella esquela
que os dí....

LUISA.

¿Qué esquela?

DIEGO.

Señora
la que en esta misma pieza
recibísteis de mi mano
seis minutos ha.

LUISA.

¡Qué! ¿sueña?
¿esquela á mí? y ¿quién sería
el que á tanto se atreviera?

DIEGO.

Señora, por Dios, yo siento
que imagineis que mi lengua...

LUISA.

Vuestra lengua ha muchos dias
que no me hace mas que ofensas.

ROSA.

Pero Luisa, ello habrá algo.
Tú me has visto que á la puerta
del gabinete he salido,
á saber de la contienda
que con tu primo tenías;
que á juzgar por la vehemencia
con que hablábais, se diria
que era una cosa muy séria.

LUISA.

Y tal la creí yo misma
tambien; mas nada, ocurrencias
de casa, que él habia visto
de diferente manera
que yo; pero se explicó,
y cesó la diferencia.

DIEGO.

¿Se explicó?

LUISA.

Pues.

ROSA.

¿Lo ves, hombre?
¿lo ves? vamos, tú sospechas
del aire; el señor don Carlos

nada es de lo que tú piensas.
Yo en esta parte sé mas
que tú; mas, sin que te ofendas:
á una reparacion tienen
mil derechos él y ella,
conque....

DIEGO.

¿Quieres completar
tú mi confusion?....

LUISA.

No, deja,
déjale que mil injurias
diga contra mí.

DIEGO.

¿No niega
que recibió de mi mano....

LUISA.

¿Ves, Rosa, cómo se enmienda?
Pues bueno, si él empeñado
está en que yo le aborrezca,
le daré gusto, verá
logrado lo que desea.

ESCENA X.

Dichos, menos doña Luisa.

DIEGO.

Eso no, Luisa, eso no.
vos.... (1)

CARLOS.

¿Qué? (2).

DIEGO.

Mi pundonor....

ROSA.

Cesa
Diego; tras ella vé, corre,
que tu obligacion primera
ahora es el desagraviarla,
y despues tiempo te queda
de pedir explicaciones,
si hay algo que las merezca.

DIEGO.

¿Quién? ¿yo? pues ¿piensas que ya
algo que esperar me queda,
cuando he visto....

ROSA.

¿Qué has de ver?
ilusiones y quimeras.
Anda á desvanecer, hombre,
las impresiones siniestras

---

(1) Mirando á don Carlos. (2) Ceñudo.

que estos acontecimientos....

DIEGO.

No, no iré á desvanecerlas.
Lo que voy á saber es
quién esta maraña enreda:
qué causa hacer puede á Luisa
que con tal descaro mienta:
y cuando sobre este punto
lo que debo saber sepa,
yo satisfaccion cumplida
tomaré del que me ofenda.

ESCENA XI.

Don Carlos, don Pedro y doña Rosa.

ROSA.

Pedro, tú precisamente
sabrás algo de esa esquela,
que Diego dice haber dado
á Luisa, y que Luisa niega.

PEDRO.

Algunas noticias mas
que tú es posible que tenga;
pero no son tan exactas
que aun á decirlas me atreva.
Es regular que á su tiempo
todos lleguen á saberlas.
Tarde ó temprano de toda
noticia la suerte es esta.

ESCENA XII.

Don Carlos y doña Rosa.

ROSA.

En fin, solos nos quedamos
señor, y de mi terneza
espero que calmareis
la inquietud y la impaciencia.
Ya habeis visto que prudente
durante toda esta escena,
no solo en mi corazon
he reprimido la queja;
no solo de mi pasion
no he dado la menor muestra,
mas he atenuado yo misma
los indicios que os condenan.
Ahora que ya de mi hermano
nos deshicimos, es fuerza
que mas severo mi amor,
al vuestro le pida cuentas
de ese papel misterioso,
de esas intrigas secretas
con Luisita, de ese enredo
que no es fácil que yo entienda,
si vos no me dais de todo
una explicacion completa.
¿Podrá ser que de mi alma
desconfianzas perpetuas
la dulce tranquilidad

nuevamente comprometan?
¿podrá ser que, de Ynés libre,
en Luisa otra rival tenga?
¿Mas qué es esto? Distraido?
¿torva la mirada, inquieta?
¿Qué es esto? nadie nos oye.

CARLOS.

¿Y qué importára que oyeran?

ROSA.

¿No importára? ¿pues tan poco
mi decoro os interesa....

CARLOS.

¡El decoro! ¡sí! el decoro
nunca una jóven arriesga,
cuando á sus pasos presiden
circunspeccion y reserva.
¿Sabeis cuándo en la opinion
de una señorita ceba
la malignidad su rabia?
¿sabeis cuando? cuando ella
lo que le importa callar
á todo el mundo revela;
cuando....

ROSA.

Señor, poco á poco.

CARLOS.

Sí señora, las flaquezas
deben confesarse á espacio,
aun cuando á prisa se tengan.
El mal no está en cometer

la indiscrecion, segun cuentas:
sin duda consiste solo
en que haya quien reconvenga.

ROSA.

Señor, poco á poco os digo,
que mugeres de mi esfera....

CARLOS.

Impunemente hacer pueden
todo lo que les parezca;
¿no es esto? ¿comprometer,
indisponer....

ROSA.

Esa, esa
de vuestra incomodidad
es la causa verdadera.
Que de mi indulgente hermana
á la inaudita fineza
quisiese yo anticipar
un poco la recompensa,
dándole en mi confianza
de mi gratitud la prueba;
que conociendo su alma,
prescindiese de etiquetas,
é informada me mostrase
de lo que sin duda ella
iba á decirme, no es
ni indiscrecion ni flaqueza.
Pero estaba vuestra prima
allí, y á una deferencia
por mí, cual la que Ynés tuvo,

no se encontraba dispuesta.
Así es que muda, turbada,
cada expresion mia era
para ella un rayo; asi es
que la conversacion nuestra
no oyó acabar; que muy luego
salió á buscaros afuera;
que os encontró; que tuvísteis
un altercado con ella;
que....

CARLOS.

Bien, seguid, yo aguardo
que concluyais vuestra arenga.

ROSA.

No, ya que añadir no tengo
mas, sino que esta ocurrencia
fortifica demasiado
mi temor y mis sospechas.
Que mi amor no merecia
celos, desaires, ni ofensas,
y menos despues que Ynés....

CARLOS.

¿Quién, Ynés? ¿y ella qué piensa?

ROSA.

Triste é inquieta tambien
escuchaba....

CARLOS.

¿Triste? ¿inquieta?
y airada quizá, ¿no?

ROSA.

No;
abatida, razon era,
pues acababa de hacer
un esfuerzo de terneza
fraternal, un sacrificio
de aquellos que mucho cuestan.

CARLOS.

¿Qué sacrificio? ¿qué esfuerzo?

ROSA.

¿Y qué distraccion es esta,
señor? Pues no fuisteis vos
por quien la primera nueva
tuve yo? ¿No me contasteis
la magnánima entereza
con que abandonó á mi amor....

CARLOS.

¡Ah! sí, perdon.... ¡Qué torpeza
la mia! Y, ya se vé, vos
le disteis de todo cuenta,
y ella contestó....

ROSA.

No, nada;
ella no movió su lengua;
suspiró, sí, y aun lloró:
ya se vé: amaba de veras.

CARLOS.

¿De veras amaba, ¡ay Dios!
y yo he podido ofenderla?
¿Yo hacer traicion....: Rosa mia,

dulcísima Rosa, deja
que á esa muger adorable
vaya á dejar satisfecha.
El sentimiento mas vivo,
la necesidad primera
de mi alma es la amistad,
y á Ynés la he jurado eterna.
A conservarme la suya
voy pues, ya que su amor pierda.

ESCENA XIII.

Doña Rosa sola.

ROSA.

Pues se fué: ¿y qué significa,
Rosa, tanta morisqueta?
Esa Luisa que se turba
de que su primo me obsequia;
esa Ynés que me abandona
un corazon que ella aprecia;
esa amistad que don Carlos
á mi hermanita profesa;
esa inquietud de los tres....
no, no, aquí hay maula por fuerza.
Esas amistades finas
y exageradas no entran
por acá, señor don Carlos;
ni que ocurrencias caseras
entre vos y vuestra prima
puedan suscitar contiendas....

Pero una en fin, debe haber
que privilegiada sea.
Yo bien deseára serlo,
pero no vale la pena
de tomarse por lograrlo
la mas pequeña molestia.
Si lo soy yo, lindamente:
gran mozo, prosapia buena,
habilidades, talento,
brillantísima carrera;
bastante para que todas
sin fin envidia me tengan.
Si quiere á otra, buen provecho;
su facilidad funesta
para mentir, su inconstancia,
presuncion y ligereza,
de pérdidas cual la suya
muy prontamente consuelan.
Y pues éste es un albúr
en el que nada se arriesga,
y que es casi indiferente
que se gane ó que se pierda;
puesto tambien que la boca
es la única que lo juega,
y que el corazon se está
así como quien acecha;
juguémosle sin temor,
pero juguémosle en regla,
y luego, caigan las cartas
á la derecha ó la izquierda....

¡Ah! pero cátate á Ynés.
¿Qué embajada traerá esta

ESCENA XIV.

Dicha y doña Ynés.

ROSA.

Y bien, mi querida Ynés,
¿cómo estás? dí ¿te consuelas?
Ya se vé, este sacrificio
que haces por mí, esta fineza....
¡Ah hermana! jamas podré
dignamente agradecerla....
Pero ¿de qué te sonríes?

YNES.

No el verme así te sorprenda;
la indignacion, el despecho
de diferentes maneras
se disfrazan. Tú me ves
con una cara serena
al parecer, y aquí, aquí
tengo el fuego de mil Etnas.
Víctimas de la perfidia
mas horrorosa y mas negra
estamos siendo las dos,
y á ese inicuo, alma de fiera,
parece que mi dolor
y mi llanto le alimenta.

ROSA.

A cada palabra tuya,

Ynés, crece mi extrañeza.
Yo no concibo qué causa
contra él irritarte pueda,
despues que á mí me cediste
de su corazon la ofrenda.

YNES.

¿Yo?

ROSA.

Él lo dijo.

YNES.

Mintió.

ROSA.

¿Cómo?

YNES.

Mintió su pérfida lengua.
De amor y de amor tan solo
me habló en nuestra conferencia.
Yo, á la verdad, no pensaba
que sus excusas pudieran
mi cólera desarmar;
mas su maligna destreza
combinó tan hábilmente
la disculpa con la queja,
la amenaza con el ruego,
el desden con la fineza,
que mi despecho cedió
sin que yo lo conociera.
Quien haya experimentado
una vez la violencia
del amor, no extrañará

ciertamente esta flaqueza.
Yo cedí porque le amaba,
y es tal la índole perversa
del amor, que, aunque tocando
un amante sus ofensas,
y viendo que ningun medio
de satisfaccion le queda,
la provoca sin embargo,
y por colmo de vergüenza,
con cualquiera que le den
las mas veces se contenta.
Pues bien, Rosa, de mi enojo
el pérfido triunfó apenas,
cuando en el momento forja
esa fábula grosera,
con la que á tí te alucina,
y con la que á mí me afrenta.
Al oirla, en mi corazon
el despecho se concentra,
y sin responderte nada,
de una venganza tremenda
me ocupo, que en este instante
me ves á tomar dispuesta.
Vuélvanse contra él las armas
que él con nosotras emplea;
mas mira que necesito
de tu auxilio en esta empresa.

ROSA.

Cuando nuestra dignidad
asi, Ynés, no lo exigiera,

y la buena fé ultrajada,
y la moral sana y recta,
y mil consideraciones
mas que en tu favor me empeñan,
bastará que tú lo indiques
para que yo lo obedezca.

YNES.

Pues bien; á trabajar voy
sin perdonar diligencia,
para que el traidor don Carlos
se prende de mí de veras.
A este fin sofocaré
mi indignacion violenta:
aquella antigua alegría
que perdí por la primera
vez, cuando á él le conocí,
haré que á mi cara vuelva:
fingiré oir sus halagos,
y le haré creer que afectan
dulcemente mis oidos
los écos de sus ternezas.
Cuando del cebo atraido
él, Rosa, el anzuelo muerda,
yo le haré, abatiendo entonces
su altivez y su soberbia,
pagarme en humillaciones
las lágrimas que me cuesta.
Yo le haré que á respetar
la debilidad aprenda,
y:... pero ¿qué dices, Rosa?

ROSA.

Que me parece que arriesgas
mucho en esa tentativa,
y que el renunciar á ella....

YNES.

¿Renunciar? Mal me conoces.
¿Temes que de nuevo ceda....

ROSA.

Sí temo; del desengaño
amaestrada en la escuela,
has hecho aquí observaciones
sobre el amor muy discretas,
y probado conocer
su cruel naturaleza.
Pero formando ese plan,
en contradiccion te muestras
contigo, y en los escollos
que nos señalas te estrellas.

YNES.

No he venido aquí, querida,
á saber qué me aconsejas.
Una idea he concebido;
y, en mi dictamen, ponerla
en ejecucion, y ver
mi venganza satisfecha,
obra de muy pocas horas
debe ser por todas reglas.
Que tú mostrándote airada
con él, ni le hables ni veas
entre tanto, es lo que solo

de tí exijo.

ROSA.

(Eso quisieras.) (*ap.*)
Sí haré, mi Ynés: para todo
siempre con tu hermana cuenta.
Y ahora déjame que vaya
á dar adentro una vuelta,
que á la causa comun puede
servir allí mi presencia.

ESCENA XV.

Doña Ynés sola.

YNES.

¡ Eh ! Ya estamos en campaña.
El traidor, cual si lo viera,
la ocasion de hablarme á solas
hace ya rato que acecha.
Sin duda que disculparse
de nuevo conmigo intenta,
y á este fin traerá estudiada
alguna patraña nueva.
Pues bien, prevencion, cuidado,
mucho artificio, gran flema;
todo en los labios almíbar
hiel en las entrañas sea.
En mis labios y en mis ojos
el tósigo de amor beba,
y cual de sus celos yo,
él de mis desdenes muera.

Mas hele aquí, compongamos
el semblante, y que no pueda....

ESCENA XVI.

Dicha y don Carlos.

CARLOS.

Ya era, idolatrada Ynés,
tiempo de que yo te viera.
Una hora á lo menos hace,
(y qué hora ¡oh Dios! tan eterna)
que en vano la ocasion busco
de denunciarte una ofensa,
que á tu amor en un momento
de turbacion y sorpresa
hizo, no mi corazon,
sino tan solo mi lengua.
Mas de recordar la falta
debo ahorrarme la vergüenza,
cuando sé, querida mia,
que estás informada de ella,
y que para perdonarla
será bastante que sepas
el desgraciado motivo
que me obligó á cometerla.
Yo he sido un malvado, Ynés;
yo, como si un juego fuera
comprometer el reposo
de almas sensibles y tiernas,
he encendido en mil mugeres

de amor la llama funesta,
cuidando de que el incendio
nunca á mi pecho corriera.
Mas no bastan precauciones
á quien con la lumbre juega,
y en mí mismo acabo ahora
de hacer, Ynés, la experiencia.
Yo te amo con frenesí;
y la agonía y la pena
que me ha causado el engaño
que hice á Rosa, con la idea
de que á nuestro amor sus celos
obstáculos no opusieran,
de la pasion que me inspiras
es la mas completa prueba.
De mi fátua vanidad,
de mi juvenil flaqueza
se disipan los prestigios,
y las ilusiones vuelan.
Yo he resuelto consagrarte,
Ynés, toda mi existencia;
y porque de mi intencion
ninguno á dudar se atreva,
quiero que Luisa, tu hermana,
y todo Madrid lo sepa.
Venturoso yo si logro
reparar de esta manera
el agravio que á mi Ynés
pudo hacer mi ligereza.

YNES.

Don Carlos, nada en el mundo
á una muger lisonjea
tanto, cual de un corazon
arrepentido la ofrenda.
Si vuestra anterior conducta
me agravió, como era fuerza,
la de hoy mi enojo adormece
y mi cariño despierta.
Esta mi declaracion
no, don Carlos, os sorprenda,
que el amor.... ¿pero qué aire,
señor, qué mirada es esa?
(*ap*) (¡Pues no me ha turbado!) En fin...

CARLOS.

En fin, Ynés, apariencias
no me deslumbran á mí.
Yo hice de amor la carrera
con apariencias tan solo:
vé si debo conocerlas.

YNES.

¡Cómo! ¿pues, señor, yo....

CARLOS.

Tú
alguna traicion intentas;
mas en maldades novicia,
Ynés, el camino yerras.

YNES.

¿Pero por dónde pudisteis
conocer?.... ¡qué rabia! (*ap*).

CARLOS.

Cesa,
que en tu cólera conozco
que algun amor me conservas,
y que á pesar del ardid
con que burlar mi terneza
imaginabas sin duda....

YNES.

Pero señor, ¿quién os cuenta
lo que en mi corazon pasa?

CARLOS.

Ynés mia, la experiencia.
Una muger de tu genio,
cuando ira de amor la ciega,
nunca de pronto el oido
á la satisfaccion presta.
Yo, conociéndote bien,
de tu indignacion severa
dispuesto á sufrir venia
la terrible violencia.
Pero esa moderacion
afectada se presenta,
si no con aire de ataque,
con visos de estratagema.
No te preguntaré, no,
á qué aspirabas con ella;
pero sí te proponías
vengar así las ofensas
que hice á tu ardiente cariño,
era inútil diligencia,

pues que mas completamente
hoy mi humillacion te venga.

YNES.

¡Cielos! ¿cederá á este hombre
siempre toda resistencia?
¿será solo el huir de él
el medio de que no venza? (*vas.*)

CARLOS.

No, no, que mi fino amor
te seguirá donde quiera
que tù vayas, y no hay ya
respetos que me contengan.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Don Carlos y doña Ynés.

YNES.

Dejadme, dejadme,
por Dios os lo ruego,
y vanos discursos
de una vez cortemos.
¿A qué fatigaros
con tantos esfuerzos?
¿Ni á qué ya en excusas
perder mas el tiempo?
Tendreis mil razones;
será todo cierto;
pero yo ser vuestra,
don Carlos, no puedo.

CARLOS.

¿Y piensas con ese
bárbaro decreto
hacerme olvidarte?
No, no, de mi pecho
tu imagen es fuerza
que arranques primero.
¿Encendí yo acaso

de este amor el fuego?
Tus gracias tan solo,
Ynés, le encendieron.
Renuncia á tus gracias,
ó deja que tierno
en tanto te adore
que dure mi aliento.
Cierto es que liviano
pude darte celos,
mas mis liviandades
ya á tus pies detesto.
¿Qué pruebas exiges....

YNES.

No, ninguna quiero.

CARLOS.

¿Ninguna? ¿Y qué causa?....

YNES.

Mil.

CARLOS.

¿Y nada menos?
Ynés, tú me amas,
y solo el despecho
esa resistencia
te está sugiriendo.
Quizá la vergüenza
de haber en secreto
contra mí formado
un designio horrendo,
tambien te retrae....

YNES.

Mas señor, ¿qué es esto?
¿No puedo una cosa
tener yo aqui dentro,
sin que vuestros ojos
la descubran luego?
Vidrieras tiene
sin duda mi pecho.
Pues señor, os amo:
pues señor, es cierto
que estaba corrida
de haber un proyecto
contra vos formado,
tan vano y tan necio,
que aun no concebido,
ya habeis descubierto.
¿Quereis mas? negarlo
fuera vano intento,
pues que vuestra astucia
llegó á conocerlo.
Pero pues dotado
estais del talento
de adivinar todo
designio secreto,
decidme por gracia
qué es lo que ahora pienso
yo para curarme
de mi amor funesto.

CARLOS.

La esperanza vana

estás concibiendo
de que hacer podrias
sobre tí un esfuerzo;
y á tu pobre Carlos,
que te adora ciego,
llegar á olvidarlo,
sino á aborrecerlo.

YNES.

No hay duda, este hombre
es un hechicero.

CARLOS.

No sino un amante,
que en tus ojos tiernos
lee de tu alma
todos los afectos;
que en tí embelesado,
absorto y suspenso,
ya de sus finezas
no pide otro premio
que el dulce permiso
de aplacar tu ceño.
Dígnate, adorada
Ynés, concederlo
á este anhelo ardiente,
á este amor violento.....

YNES.

Carlos, está visto;
no alcanzan mis medios.
Vos fuerte, yo debil.....
¿estais ya contento?

CARLOS.

Y aun loco estuviera,
si tal de tí oyendo,
no eclipsára el llanto
esos dos luceros.
Enjúgalo, vida,
enjuga....

YNES.

Absteneos
de hipérboles vanos,
con que mucho tiempo
habeis seducido
inocentes pechos.
Débil, el permiso
en fin os concedo
de que mis agravios
calmeis y mis celos,
mas no de otro modo
se aspira á mi aprecio.
Pruebas me ofrecísteis
de amor, que yo espero.
Para examinarlas
tomaréme tiempo:
cordura entre tanto
solo os recomiendo.

ESCENA II.

Don Carlos, despues Jaramillo.

CARLOS.

¡Qué batalla tan reñida!
pero vencimos, y presto.....

JARAMILLO.

Albricias, señor, albricias.

CARLOS.

¿De qué?

JARAMILLO.

Pues si he estado oyendo
toda la conversacion.
¡Vaya, vaya, que consuelo
como el que mi alma ha sentido...
Pero señor, ¡qué tremendo
espadachin de amor sois!
por fin triunfamos, y esto....

CARLOS.

Pero oyes, chico, tambien
tú has triunfado, á lo que veo.

JARAMILLO.

¿Quién os ha dicho que no?
¿Pues no es mio el triunfo vuestro?

CARLOS.

Pero hombre, ¿te has convencido
de que eres un majadero?
¿que cuando á mí se me antoja,

en diez minutos revuelvo
de arriba abajo una casa,
y....

JARAMILLO.

Señor, vamos con tiento,
que todavía, si yo
no os tirára bien del freno,
los brincos y los corcobos
llegáran quizás al cielo.

CARLOS.

¡Oh! eso sí; debo infinito
á tus prudentes consejos,
y á no ser por tí, ya estaba
perdido yo sin remedio.
¡Eh! no te me piques, bobo,
ven acá. Pero ¿no es bueno
que de esta sesion postrera
he quedado....

JARAMILLO.

¡Qué! lo creo,
rendido, pues ya se vé;
pero no es lo peor eso,
sino que teneis aun
que trabajar como un negro.
Esta ha sido una batalla
que la ha ganado el talento,
y la actividad ahora
completar debe el suceso.
A enemigo derrotado
encima, pues si un momento

de perseguir se le deja,
se rehace, toma resuello,
y si la suerte propicia
despues le depara un cerro
donde morisquetear
por mas ó por menos tiempo,
para completar el triunfo
hay que combatir de nuevo.
Asi pues....

CARLOS.

¡Válgame Dios! (1)
¡qué funestísimo encuentro!

ESCENA III.

Dichos y doña Luisa.

LUISA.

Conque, mi querido Carlos,
ya ves que el enlace nuestro
es imposible, imposible
diferirlo ó suspenderlo.
Personas bien informadas
dicen que por todo el pueblo
ha corrido la noticia
ya de nuestro casamiento.
Tú, que sabes que no gozas
aqui del mejor concepto,

(1) Mirando adentro.

y que todos de inconstante
te tachan y de ligero,
verás que en la dilacion
mi opinion corre gran riesgo.
Es menester, Carlos mio,
que hoy sin falta nos casemos,
y que á mi padre instruyamos
de este designio en viniendo.
Mas parece que estás triste.
Dí, ¿me equivoco, ó acierto?

CARLOS.

Voy á decírtelo, Luisa,
al instante sin rodeos,
sin nada, sin....

JARAMILLO.

¡Si armará *(ap.)*
este demonio otro enredo!

CARLOS.

Yo te tengo, Luisa mia,
un solidísimo aprecio.

LUISA.

Eso ya me lo sé yo.
Pues estaríamos frescos,
si cuando á casarnos vamos
no me apreciáras al menos.

CARLOS.

Solidísimo, sin duda....
¡Si no sé cómo hacer esto! *(ap.)*

LUISA.

Hombre, estás como turbado.

CARLOS.

¿Qué turbado? ni por pienso.
Mas me trae, Luisa mia,
tan ocupado un proyecto.....
Si vieras.... de realizarlo
pende todo mi consuelo,
mi paz, mi ventura, mi....

LUISA.

¿Y la mia, eh?

CARLOS.

Por supuesto.
Pues hija, yo una fineza
deber á tu amor espero.
Por un momento no mas,
por uno solo deseo
que el papel me dejes ver
que ahora te entregó don Diego.

LUISA.

Aqui está, mírale.

CARLOS.

Ya,
pero repasarle quiero.

LUISA.

Pues bien; repásale.

CARLOS.

No
muger, si no es solo eso:
queria yo compararle....

LUISA.

Pues bien, le compararemos.

CARLOS.

¿Pero no te he dicho, Luisa,
que todo eso es un enredo,
y que la tal Clara es
una embustera?

LUISA.

Me alegro.

CARLOS.

Ve tu, cuando yo dos veces
solas le he hablado, y mintiendo
viene con tanto descaro,
con tanta audacia.... Si vemos
cosas que....

LUISA.

Pero hasta ahora
con tantos ofrecimientos
de despachar pronto, yo
ni una palabra....

CARLOS.

Pero
muger, ven acá por Dios.
Si sin ese papelejo
el logro de mis designios
nunca puede ser completo:
esta es la cosa; si no,
¿te parece que corriendo....

LUISA.

Pues bien, si en eso consiste

toma.... (1) Mas deja, que pienso
ahora otra cosa mejor,
y este papel le conservo
para ciertas ocurrencias
que acaso no estarán lejos.

CARLOS.

Pero muger, ¿quién te entiende?
¿La esquela me das primero,
y atras te vuelves despues?

LUISA.

Dios me entiende y yo me entiendo.
A esperar voy á mi padre
que debe venir muy presto,
y al punto te avisaré
para que juntos le hablemos.
Y cuando firmados ya
siquiera estén los conciertos,
este papel, señor primo,
estará al servicio vuestro.

ESCENA IV.

Don Carlos y Jaramillo.

JARAMILLO.

Pues señor, tonta será,
mas por vida de mi abuelo,
que su negocio le entiende
como....

(1) Hace ademan de querérsele dar: en seguida recapacita, y se retrae.

CARLOS.

¿Sabes que comienzo
á disgustarme ya, chico?
¿Sabes que este contratiempo,
el primero que he tenido
quizá en mi vida, lo siento
mas que una desgracia grave?
Pues bien, sábelo.

JARAMILLO.

Pues selo.
Pero señor, ¿qué papel
es este que no comprendo?

CARLOS.

¿Qué te importa?.... ¡Que anduviese
yo tan comedido y necio,
que no se le arrebatase!
El caso es que lo primero,
y aun lo único que yo
pensaba hacer, con objeto
de desagraviar á Ynés,
era, segun tu consejo,
romper con las damiselas
que ahi engatusadas tengo;
mas mientras este papel
no saque á Luisa, no puedo,
porque en sus manos podria
ser un fatal instrumento,
que las tontas irritadas
son enemigos tremendos.
El billete de esa bruja,

hombre....

JARAMILLO.

¡Qué! ¿brujas tenemos?
Pero señor, ¿á qué andar
ya con esos embelecos?
¿Por qué no decir ahora
lo que habeis de decir luego?
¿Qué gracia tiene engañar
á esa niña, ese cordero,
cuando con cuatro palabras
está el negocio compuesto?
¿Teniais mas que decirle,
«hija mia, yo te quiero,
«pero las cosas se ordenan
«de un modo que no podemos
«muchas veces prescindir....
¡Qué! predicar en desierto.
Si no me escuchais siquiera.....
Pues por Dios que no merezco....

CARLOS.

Si supieras, Jaramillo,
qué embarazado me veo,
y....

ESCENA V.

Dichos y doña Rosa.

ROSA.

Don Carlos, dos palabras.

CARLOS.

Anda, despues nos veremos... (1)

JARAMILLO.

Si mis consejos no toma, *(ap.)*
ya se ha de ver algo estrecho.

ESCENA VI.

Don Carlos y doña Rosa.

ROSA.

Es posible que extrañeis
el paso que aqui á dar vengo;
pero hay casos en que es fuerza
tomar un partido extremo,
porque á todos disgustados
dejan los términos medios.
Hoy se han descubierto aqui
muy importantes secretos:
vuestro amor á Ynés y á Luisa
no es, señor, el menor de ellos;
pero otro de mayor monta
hay quizá que, segun creo,
ignorais vos que llegar
pudo á mi conocimiento.
Ahora de saber acabo
que fue un engaño grosero
la cesion que me dijísteis

---

(1) A Jaramillo.

que Ynés de vos me habia hecho.
Tamaña superchería
deshonra, no á un caballero,
no á un hombre bien educado,
sino á un zafio y á un plebeyo.
Aborreceros debiera
yo, don Carlos, al saberlo,
y no volver en mi vida
jamas á hablaros, ni veros.
Mas desde niña á mi alma
un heróico temple dieron
filosóficas lecturas;
y que lo conozcais quiero,
cuando con una fineza
un engaño recompenso.
Sabed que Ynés os detesta;
sabed que os está fingiendo
amor para alucinaros,
y que yo me compadezco
de vos, y esta nueva corro
á anticiparos por eso.
Del amor que á Ynés os liga
romped, don Carlos, los hierros....

CARLOS.

Basta, señora; excusadme
si reprimirme no puedo
ya mas, pues harto he sufrido
vuestras razones oyendo.
No de que á mí me injurieis
me lastimo ni me quejo:

cuanto contra mí digais
y mucho mas lo merezco.
¡Pero de Ynés hablar mal!
¡calumniar nadie el sincero
candor, la ternura viva,
la indulgencia, la....

ROSA.

Con tiento,
señor.

CARLOS.

Sin tiento, señora.
Segun vos misma, hay momentos
en que contemporizando,
ninguno queda contento.
Para que lo quede alguno,
mas no contemporicemos.
Yo amo á Ynés, y solo á Ynés,
y á Ynés no mas. Si algun tiempo
á otra dije que la amaba,
mentí, mentí, y me arrepiento.

ROSA.

Señor, efectivamente
no andais con términos medios;
la declaracion es franca
y el desengaño completo.
Pero ¿repara los daños
solo el arrepentimiento?

CARLOS.

No lo sé; pero si acaso
se piensa que expiar debo

con alguna humillacion
de mi liviandad el yerro,
con tal que Ynés sea mia,
á la pena me someto.

ROSA.

Muy bien; y pues á sufrirla
hoy tan resignado os veo,
yo que guarde proporcion
con vuestra falta os prometo.

ESCENA VII.

Don Carlos solo.

CARLOS.

En buen hora; no me importan
ni tu odio ni los denuestos
de Luisa; si Ynés es mia,
todo lo demas es menos.
De aquesta conversacion
á enterarla al punto vuelo,
y á desengañar á Luisa
si en el camino la encuentro,
que vale mas quedar mal
en una ocasion que en ciento.
Sí, sí, resolverme es fuerza.

ESCENA VIII.

Don Carlos y don Diego.

DIEGO.

Don Carlos, á hablaros vengo....

CARLOS.

Y yo tambien iba á hablaros
quizá con el mismo objeto.
Muy agradables noticias,
don Diego, que daros tengo;
de vuestra querida Luisa
la mano y amor os cedo.

DIEGO.

¿Cómo?

CARLOS.

Ya lo habeis oido.

DIEGO.

Pero, señor, ¿será cierto?

CARLOS.

Y muy cierto. Ya es inútil
del todo andar con rodeos.
Yo ignoraba, amigo mio,
que ardía en mi alma un fuego,
de que jamas noté en mí
el indicio mas pequeño.
Pero hoy varias ocurrencias
mi máquina sacudieron,
y en breve la chispa oculta
se anunció por un incendio.

Ya á las plantas de mi Ynés
la declaracion he hecho
franca de mis extravíos,
y he conseguido su ceño
en parte aplacar, pensando
mas completamente hacerlo,
con hablar á todo el mundo
del amor que la profeso.
En esta declaracion
la garantía os presento
mas firme de mi franqueza
y veracidad, don Diego;
y espero que cooperando
vos al logro de mi intento,
y de mis disposiciones
á vuestra hermana instruyendo,
vos mi enlace acelereis
como yo el vuestro acelero,
abandonandoos el campo
en que luchamos un tiempo.

DIEGO.

Vos me enagenais, don Carlos.

CARLOS.

Y yo tambien me enageno,
y marcho á hacer á mi Ynés
partícipe del consuelo,
que, al ver que vos aprobais
nuestra union, experimento.

ESCENA IX.

Don Diego, despues don Pedro.

DIEGO.

¡ Válgame Dios, qué noticia!
¡ Qué tal ! ¿ produjo su efecto
la tramoya consabida ?
Mas ¡ qué ! si para un enredo
siempre me he pintado solo....
¿ pero tú por aquí, Pedro ?

PEDRO.

¿ Qué quieres ? venia á darte
mis parabienes sinceros
por esos triunfos insignes
que á tu habilidad debemos.
El del papel sobre todo
es admirable, estupendo,
y dejas atrás con él
á Césares y á Pompeyos.
¡ Válgame Dios, Diego mio,
válgame Dios !

DIEGO.

Te estoy viendo
así como celebrando,
chico, los reveses nuestros.
Pero por Dios, que aunque sea
exponiéndome al gran riesgo
de darte un pesar cruel,
estoy ya casi resuelto

á decirte, que con solo
un pequeño movimiento
que á mi ejército ordené,
loco á mi enemigo he vuelto,
y que, aterrado, de paz
proposiciones me ha hecho.

PEDRO.

Hombre ¿ de paz?

DIEGO.

Sí señor.

PEDRO.

Pues eso puede ser bueno,
¿ sabes?

DIEGO.

¿ Pues qué, es algun manco
quien maneja los muñecos?
La cosa salió, no entera,
porque Dios no quiso, y luego
porque es preciso moverse
si á uno le ha de dar el viento;
pero salió así tal cual,
medianamente.

PEDRO.

Y ¿ podremos
saber el cómo, el por qué,
el cuándo....

DIEGO.

Sí, yo no veo
inconveniente: tú eres
al fin hombre de talento,

y resignarte sabrás....

PEDRO.

¡ Qué ! ¿ resignacion tenemos ?
Siempre me figuré yo
cosas así ; pero al cuento.

DIEGO.

Pues señor , el cuento es
que ese temible guerrero ,
ese famoso don Carlos ,
ese gran....

PEDRO.

Bien , sin rodeos.

DIEGO.

Me ha cedido su querida.

PEDRO.

¿ Cuál de ellas , porque son ciento ?

DIEGO.

Hombre , ¿ cuál podia ser ?
Pues yo ¿ por ventura quiero
mas que á una ?

PEDRO.

¿ Y esa una
es la que él te cede ?

DIEGO.

Cierto.

PEDRO.

Luisa pues.

DIEGO.

Sí señor , Luisa.

PEDRO.

Yo, la verdad, majadero
te creía, Diego mio,
mas no tanto, lo confieso.
Hombre, despues de un embrollo
tan vergonzoso, tan feo
como el del papel, despues....

DIEGO.

Eso nada vale, Pedro.
La Luisita explicaciones
me dió, que aunque en el momento
no calmaron mis sospechas,
ahora que con lo que veo
las entiendo bien, me dejan
totalmente satisfecho.
Don Carlos me ha hablado aqui
con un aire tan ingénuo,
con un tono de franqueza,
y aun mas de arrepentimiento....

PEDRO.

Pues señor, será verdad,
mas yo por mí no lo creo.

DIEGO.

Tú eres muy dueño, Perico,
de creerlo ó no creerlo;
pero yo te añadiré,
así para tu gobierno,
que está por Ynés perdido,
y ella tambien....

PEDRO.

Lo celebro.

DIEGO.

Pero hombre, no te amostaces.

PEDRO.

¿Quién, yo? pues estaba fresco
si por cosas de esa especie....
Pero ¿sabes á que apuesto?
á que entre todos á darte
van el chasco mas completo
que se le ha dado á mortal;
á que este es un lazo nuevo
que á tu credulidad tienden,
y á que....

DIEGO.

Pues bien, lo veremos.

ESCENA X.

Dichos y Luisa.

LUISA.

¡Ay que no está ya aquí! - (1) Ustedes
sabrán donde.... (2) ¿No? Pues cejo.

DIEGO.

¿A quién buscabais, Luisita?

LUISA.

A mi primo.

---

(1) Mirando si está don Carlos.
(2) Don Diego y don Pedro muestran que no saben.

DIEGO.

Pues si es eso,
aguardadle unos instantes,
porque muy en breve creo
que debe volver á hablarme
de un asunto, en que comprendo
que está bien interesado.

LUISA.

Debe estarlo por lo menos.

DIEGO.

Me alegro que hagais justicia
en fin á mis sentimientos
y á los suyos: yo tenia
todavía algun recelo;
mas Luisita, en ese aire
de pudor y encogimiento,
el indicio mas seguro
de mi ventura estoy viendo.

LUISA.

¿Vuestra ventura?

DIEGO.

¿Pues no?

LUISA.

Será que yo no lo entiendo.

DIEGO.

Pero ¡qué! podreis dudar
del interés, del aprecio?....

LUISA.

No, eso no.

DIEGO.

Luisita,
ya es inútil el misterio:
de todo estoy instruido;
sé que contrario no tengo....

LUISA.

¿Qué?

DIEGO.

Si él mismo me ha contado
que por mi hermana está ciego:
si me ha dicho que con vos
de mi pasion hablar puedo,
y aun me ha añadido....

LUISA.

¿Está loco?

DIEGO.

¿A qué son esos rodeos,
hija mia? No temais
que esté delante don Pedro;
que es un hombre que....

PEDRO.

Y si estorbo....

LUISA.

Estorbar no; ¿mas qué enredo
es este? ¿qué significan
las cosas que estoy oyendo?
Vos, señor, por lo que miro
gustais de chismes y cuentos.
¿Es como lo del papel
lo que me contais?

DIEGO.

El cielo
me confunda si no es fijo
cuanto estoy aquí diciendo.
Don Carlos hace un instante
que me lo ha dicho ; no miento ;
él vá á venir aquí ahora ,
y os contará....

LUISA.

Hablad mas quedo,
que no soy sorda.... Yo sé
lo que me dirá , don Diego.
Mas sabed , mientras que él vuelve,
vos para vuestro gobierno ,
que hoy debe ser mi marido
mi primo don Carlos.

PEDRO.

Recio. (*ap.*)

LUISA.

Que él vá chismes y chismosos
á confundir luego , luego ,
y que antes de media hora
sereis testigos de.... Vuelvo.

ESCENA XI.

Don Diego y don Pedro.

PEDRO.

¡ Hombre ! ¿no te lo anuncié
que ese era un engaño , un juego

de ese embrollon? No te canses;
aunque te vuelvas doscientos,
nunca en tu vida podrás
luchar con ese Proteo,
que tantas figuras muda
como ha de engañar sugetos.
¿Pero qué es esto? ¡Va, va!
¿te quedas mudo y suspenso?
¿Por ventura, señor guapo,
le aflige este contratiempo?
¿Por ventura....

DIEGO.

No, Perico,
nada me aflige ni temo.
Mas burladas mis hermanas
vilmente por un perverso,
yo contrariado en mi amor,
yo engañado ¿y no me vengo?
No señor, no se dirá
de mí que soy caballero,
que no tomo....

PEDRO.

Poco á poco
con eso de tomar; veo
que alguna barrabasada
meditas....

ESCENA XII.

Dichos y Jaramillo.

JARAMILLO.

Señor don Diego,
doña Ynesita me envía
á llamaros presto, presto.

DIEGO.

Sin duda allí el embrollon
con ella estará.

JARAMILLO.

No entiendo
de embrollones; mi amo estuvo
allí con ella un momento;
pero salió, y en su cuarto
creo que está....

DIEGO.

Pedro, volemos.
Toda nuestra habilidad,
nuestra actividad y esfuerzos
para deshacernos de él
es preciso que empleemos.
Y usted, señor confidente,
llévele el chisme corriendo.

ESCENA XIII.

Jaramillo solo.

JARAMILLO.

Oigame usted, señor mio,
oiga usted.... Pero se fueron.
Mas ¿cómo puede, despues
que en toda ocasion repruebo
los embrollos de mi amo,
creerme cómplice de ellos?
Pero que en esto no vuelva
á equivocarse le ofrezco,
que contra males así
hay eficaces remedios.
¡Ah! cata aquí la ocasion.

ESCENA XIV.

Doña Luisa y Jaramillo.

LUISA.

Jaramillo, en fin nos vemos.
Y ¿sabes que estoy ansiosa
de que me cuentes....

JARAMILLO.

Lo creo.

LUISA.

Pues bien, despéname pronto.

JARAMILLO.

Eso de pronto no puedo,

si antes no me dais palabra
de guardar bien el secreto.

LUISA.

Pues palabra te doy, vamos.

JARAMILLO.

Es que....

LUISA.

¿Quieres dos, tres, ciento?...
Tu boca será medida:
habla.

JARAMILLO.

No nos entendemos.
Quien ofrece mucho cumple
muy poco lo mas del tiempo.
Y yo este arcano importante
á arriesgar no me resuelvo,
sin estar antes seguro....

LUISA.

Vamos, don pasmarotero:
en los enjuagues del amo
entrando siempre y saliendo
sin escrúpulos ni nada,
y luego con miramientos....

JARAMILLO.

Pues estoy yo bien, señora,
en este pais: hoy llego,
y ya por un picarón
me tienen hecho y derecho,
solo porque sirvo á un amo
un poco alegre y travieso.

¡Jesus! ¡qué ganas, señora,
de verle casado tengo!
¿Qué ganas de que concluya....

LUISA.

Supongo que piensa en eso.

JARAMILLO.

Y muy seriamente.

LUISA.

Pues,
hombre acabáras; del cuerpo
no me saldrá el susto en dias.
Pero ello es que está resuelto.

JARAMILLO.

Sí señora, y no señora.

LUISA.

Rabias por.... Plomo, acabemos.

JARAMILLO.

¡Qué viveza, vaya, vaya!
Pues cuenta que de saberlo
no os habeis de alegrar mucho.

LUISA.

¿Acabas?

JARAMILLO.

¿Pero el secreto
guardareis?

LUISA.

Eternamente.

JARAMILLO.

Pues para vuestro gobierno,
y con la hombría de bien

y la lealtad cumpliendo,
os diré que mi señor
está por doña Ynés muerto.

LUISA.

¿ Cómo ?

JARAMILLO.

Que esta hermosa niña
ha cautivado su pecho,
y que si se ha de casar
con ella ha de ser. Bien creo
que antes él pensaba en vos;
pero hoy ya ciertos sucesos
han fijado su eleccion;
y yo sería un perverso,
si viendo que él no se atreve
á decíroslo, y sabiendo
cuánto arriesgais él y vos
en sostener por mas tiempo
una ilusion, que es preciso
que se disipe muy presto,
este saludable aviso
no os anticipára.

LUISA.

Pero....

JARAMILLO.

Cuidad de que no se altere,
señora, vuestro sosiego;
y si es que amais á mi amo,
probádselo, no oponiendo
estorbos á la pasion

que Ynés le inspira, supuesto....

LUISA.

Basta, señor Jaramillo;
sé muy bien lo que hacer debo.
Usted es un echadizo
malvado, infame, grosero,
y tan vil como su amo,
que es cuanto encarecer puedo.
Mas pronto sabrán los dos
de qué manera me vengo.

ESCENA XV.

Jaramillo solo.

JARAMILLO.

Señorita.... Pues por Dios
que una buena cosa he hecho.
Señor, ¿quién es el que aquí
puede atinar con el medio?
Si me estoy callado, todos
me dicen mil improperios;
si hablo, me dicen aun mas.
¡Vaya con Dios! no, yo entro
con buen pie en este lugar.
Y luego dirán que en siendo
uno bueno, nada tema:
no señor, aquí no es eso;
ser bueno no es lo mejor;
lo mejor es parecerlo.
Pero, por si van mal dadas,

márchome á instruir corriendo
á mi amo de estas cosas,
para que ponga remedio.
Con hablar á todas claro
queda el asunto compuesto;
dos quedarán disgustadas,
una loca de contento,
y yo mas, si de este modo
salgo de una vez de enredos.

ESCENA XVI.

Doña Ynés, don Diego y don Pedro.

YNES.

¿Conque eso te dijo Luisa?

DIEGO.

Sí, Ynés, y testigo Pedro.

YNES.

¿Y es posible que alimente
la tierra un ser tan perverso?
¡Y yo creyéndole, fátua!
¡y yo de mi aturdimiento
y mi insensata pasion
juguete y víctima siendo!
¿Qué interés tenia el mónstruo
en atravesar mi pecho?
¿Qué mal le habia hecho yo
para tratarme así, Diego?

DIEGO.

No, Ynés, así te acongojes;

Yo, mas que de abatimiento
y de desesperacion,
motivos de gozo encuentro
en estas casualidades,
que nos hacen de un protervo
en ocasion oportuna
conocer los sentimientos.
Mas tarde fuera sin duda
mas terrible el escarmiento;
y sacrificada ya,
y desatar no pudiendo
los lazos indisolubles
del.... Vaya, Ynés, yo me aterro,
y pienso que si se hubiera
fraguado ese casamiento,
en dos meses te enterraba
el bribon, y acaso en menos

YNES.

Con esa perfidia nueva
lo logrará en menos tiempo.
Sin embargo, Diego mio,
no quejarme mas te ofrezco,
ni fatigar tus oidos
de mi dolor con los écos.
Pero en recompensa exijo
de este generoso esfuerzo,
que dejes de atormentarme
con el bárbaro consuelo
de que mas tarde sería
mucho mas terrible el riesgo.

Nunca pudo ser mayor
que lo es en este momento;
mas resignarme y sufrir
sabré mi mal en silencio.

ESCENA XVII.

Doña Rosa, doña Luisa y los dichos.

ROSA.

Ven, ven, muger; aquí están.
¡Qué horror, Ynés! me estremezco.

DIEGO.

Oyes, sin ponderaciones
dínos lo que haya de nuevo,
que estamos en circunstancias
en que perder no podemos
ni un instante; hay que hacer mucho,
y es preciosísimo el tiempo.

ROSA.

Pues entonces, Luisa....

LUISA.

Yo
concluyo en menos de un credo.
Mi primito de mi alma,
señoras y caballeros,
es un insigne bribon.
¿Me miras? (1) Pues aquí tengo
un papelito curioso
que te convencerá de ello. (2)

(1) A doña Ynés. (2) Sacando el billete.

DIEGO.

¡ Calle !... ¿ Conque mi papel
pareció al fin ? El ingenio ,
hombre.... (*Aparte á Pedro.*)

LUISA.

Señor de Ribera
no extraño vuestro contento ;
mas tampoco extrañaríais
vos antes....

DIEGO.

¿Yo ? ni por pienso
Vamos al caso. Ynés mia,
carta canta ; aquí tenemos
de la infamia del amigo
el mas claro documento.
Lee , querida. (1)

LUISA.

Sí , traga
por los ojos el veneno. *(ap.)*

YNES.

(2) Es un precioso papel ,
querida Luisa , en efecto.

LUISA.

Muy bonito , ¿ no es verdad ?
Vamos , sin rival me quedo. (*ap.*)

ROSA.

¡ Pero qué resignacion ,
muger !

---

(1) A Ynés. (2) Devolviéndole á Luisa.

DIEGO.

Alégrate, Pedro. (*Ap. á Pedro.*)

YNES.

¿Qué quieres? todas las cosas
tienen un término; y luego
me cabe la buena suerte
de que dispuesta me encuentro,
porque tengo aquí un hermano
muy indulgente y muy tierno,
que sabe en mi situacion
proporcionarme consuelos.

DIEGO.

Vamos, basta; ya habeis visto
un desengaño completo.
Ahora lo que importa es
que procedamos de acuerdo;
que nos entendamos bien;
que don Carlos.... Pero quedo,
que él viene.

YNES.

No, yo me voy.

DIEGO.

¿Irte? pues sería bueno;
no, tú aqui eres la heroina.
Luisita, Rosa, al objeto.
De su loca vanidad,
de su arrogancia triunfemos;
y cuando su humillacion
nos deje ya satisfechos,
se dispondrá lo demas

conforme á nuestros deseos.
Aquí está ya, aquí está ya:
Ynés, á tí le encomiendo.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, don Carlos y Jaramillo.

CARLOS.

Ven, sígueme tú tambien (1).
Señores, mucho celebro
hallaros á todos juntos,
que es ya llegado el momento
en que con todos me explique
sin disfraz y sin rodeos.
Nunca he padecido mas
que en el cortísimo tiempo
que he dicho verdad á medias;
y por experiencia veo
que es de los que hay que tomar
este el partido mas necio.
A decir, pues, la verdad
toda entera me resuelvo,
y si á alguno mi franqueza
ofendiese, yo le ruego
que en favor de la verdad
disculpe el atrevimiento.

---

(1) A Jaramillo.

DIEGO.

El preámbulo es bonito.

CARLOS.

¿Y qué os importa á vos eso?
En fuerza de una costumbre
que adquirí desde pequeño,
y que desgraciadamente
fue con la edad en aumento,
vosotras sabeis, señoras,
pues lo habeis estado viendo,
y es notorio, y yo lo he dicho
á cada cual en secreto,
que sin distincion de edad,
clase ni merecimiento,
constantemente finezas
prodigué yo al bello sexo.
Pero la galantería
al amor sustituyendo,
nunca lo que era el amor
habia probado mi pecho.

DIEGO.

La confesion, hijas mias,
es ingénua por lo menos.

CARLOS.

Pero ví á Ynés, y la amé.

DIEGO.

Vaya por Dios.

CARLOS.

Caballero,
¿sabeis que de bufonadas

no gusto, y que si el respeto
que tengo á Ynés no atajára....

DIEGO.

Pues bien, señor, callaremos.

CARLOS.

Ynés de mi libertad
es solo y único dueño.
No os irriteis contra mí,
Rosa, Luisa, si me atrevo
á deciros sin rebozo
lo que dentro de mí siento.
Fue liviandad, fue traicion
finezas de amor venderos,
que hizo asomar á la lengua
el hábito del obsequio.
Pero ¿me es dado hacer mas
que reconocer mi yerro?
A tener tres corazones,
en vez del uno que tengo,
para Luisa y para Rosa
fueran segundo y tercero.

LUISA.

Ya, y el cuarto para Clara,
y el quinto.... Pero acabemos.

CARLOS.

¿Para Clara? Amada Ynés,
una conjura sospecho
que hay formada contra mí.
Los sarcasmos de don Diego,
la acusacion de mi prima,

de doña Rosa el silencio,
la indiferencia afectada
que ostentais, el aire, el gesto
de los cuatro, todo arguye
que hay aqui planes ó acuerdos
dirigidos..... (1) Sí, no hay duda.
vos sois el autor, lo veo (2);
pero vuestra intriga vil
para nada ha de valeros.
Con la Clara del papel,
Ynés mia, no lo niego,
tuve yo al llegar aqui
algun trato, pero habiendo
sabido que era muger
de sospechoso concepto,
de cuya verdad las pruebas
mas evidentes ofrezco,
dos ó tres de sus queridos
á tu presencia trayendo,
la abandoné cual debia.
No tuve, no, lo protesto,
ni con ella ni con otra
jamas el menor empeño.
No los tuve, lo repito;
pero de acontecimientos
anteriores al amor
ardiente que te profeso,
reprensibles en verdad,

(1) Todos se miran como sorprendidos.
(2) A don Diego.

mas de enemigos perversos
al arbitrio interpretados,
se quiere hacerme un proceso,
ligerezas juveniles
á maldad atribuyendo.
Yo confio sin embargo,
querida Ynés....

YNES.

No es ya tiempo.

CARLOS.

¡Que no es tiempo!

YNES.

No señor.

CARLOS.

¡Que no es tiempo!

LUISA.

Respiremos *(ap)*.

CARLOS.

¡Y qué, Ynes mia! ¿será
vano mi arrepentimiento?

YNES.

Es vano, porque es tardío.

CARLOS.

Ynés....

YNES.

Está ya resuelto.

CARLOS.

Gozaos en vuestra obra, (1)

---

(1) A don Diego.

gozaos. ¡Y este es el premio
del mas ardiente cariño!

JARAMILLO.

Perdonad si me entrometo
en vuestra conversacion.
Señora (1), con este ejemplo
deben ya todos los hombres
desde hoy echarse á embusteros.
Mientras que mi amo mintió,
fue el ídolo, el embeleso
de las mugeres; y hoy
que ha sido franco é ingénuo,
quizá por la vez primera
de su vida, halla por premio
de su ingenuidad fatal
la humillacion y el desprecio.

DIEGO.

Eh! apártese el insolente.

¿Yo insolente?

CARLOS.

Seor don Diego,
engallado y jactancioso
paréceme que os ha puesto
la resolucion de Ynés;
y como con aire os veo
de atribuiros la gloria
del pesar que experimento.

---

(1) A doña Ynés.

Si él os hace armar tal ruido,
¿quereis que ahi á Recoletos
vamos á ver quien de entrambos
arma mas?

YNES.

Señor, yo debo
advertiros que es mi hermano.....

CARLOS.

Ah! pues si no fuera eso,
¿quién os ha dicho que él
tendría el atrevimiento
de insultarme en mi dolor?
ese lazo que respeto....

PEDRO.

Pues señor, llegó la mia;
con mi amor ya á nadie ofendo.
Mientras rival he tenido,
me he mantenido muy quieto;
mas pues de él me veo libre....

CARLOS.

¿Libre? ¿sabeis que yo aliento,
y que mientras por mis venas
esté la sangre corriendo....

YNES.

Basta ya, basta; disgustos
demasiados os debemos,
para que os afaneis mas
en buscarnos otros nuevos.
Forzoso es que para siempre,
don Carlos, nos separemos.

CARLOS.

No, jamas, no.

YNES.

Para siempre.
Por lo que á tí toca, Pedro,
que renuncies al amor
que me tienes te aconsejo.
No soy para tí nacida;
hay un intérvalo inmenso
entre tu apatía helada
y mi....

PEDRO.

Sí, basta; lo entiendo.

LUISA.

Ahora que queda usted libre,
señor primo, nos veremos.

CARLOS.

¿Nosotros? sí, en recompensa
del amor que te merezco,
puedes contar....

DIEGO.

Diego, malo. *(ap.)*

LUISA.

Dí, ¿con qué?

CARLOS.

Con mi ódio eterno.

LUISA.

¿Cómo?

DIEGO.

No os inquieteis, Luisa,

que yo á reemplazar me ofrezco
á vuestro primo, y....

LUISA.

¿Quién, vos?
Mi primo, señor don Diego,
será mio á su pesar;
mas aunque no llegue á serlo,
jamas hombres como vos
podrán ocupar su puesto.

DIEGO.

Pues yo....

PEDRO.

Hijo, los tres quedamos
como lechugas de frescos;
los tres iguales; y en fin,
esto es parte de consuelo.
Don Carlos, venid acá;
ven tú tambien, y formemos
corro tal de desdeñados,
que todo el que llegue á vernos
diga, como si en la cara
nos lo estuviese leyendo,
que don Carlos pierde á Ynés
por insconstante y travieso;
pues con estas cualidades,
si las gracias y el talento
acompañan, deslumbrar
se puede por algun tiempo;
pero á la larga ó la corta,
el mundo justicia haciendo,

solo á la verdad dispensa
consideracion y aprecio.
Que tú á doña Luisa pierdes
por resabios lugareños,
por ser vano, regañon,
picajoso y majadero,
faltas que á cubrir no basta
la honradez que en tí respeto.
Que en fin, yo tambien á Ynés
por indiferente pierdo;
que indiferentes no deben
contar con nadie, supuesto
que su caracter impide
que nadie cuente con ellos.
Conque, hijos, en adelante
enmendarnos si podemos.

FIN DE LA COMEDIA.

Author Burgos, Francisco Javier de 290170 LS
Title Los tres iguales. B 9576t

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU